No ganamos para sustos

NO GANAMOS PARA SUSTOS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

por Don Manuel Breton

DE LOS HERREROS.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

SERAFINA.	TOMAS.
MANUELA.	BERNABÉ.
DON FELIX.	BLASA.
DON JUAN.	SOLDADO 1.°
GABINO.	SOLDADO 2.°
UN SARGENTO.	

La escena pasa en Jadraque, villa de la Alcarria, en Diciembre de 1710.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de don Felix con puerta en el foro, que conduce por un lado á la escalera y por otro á las piezas interiores: otras dos puertas á la derecha del actor, y otra y un balcon á la izquierda: esta última tiene tambien comunicacion con lo interior de la casa. Empieza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN.

(*Sentados al rededor de un brasero de cobre en forma de copa.—Don Juan está vestido de labriego.*)

D. FELIX. ¡Eso sí, señor don Juan!
Bien se ve que teneis sangre
castellana.

SERAFINA. Mas fue tanta
la que perdió en el combate...

D. FELIX. Sí; con mucho honor.

D. JUAN. Merced
al generoso hospedage
que os debo, ya he recobrado,
si no toda, la bastante
para lidiar otra vez
bajo el glorioso estandarte
de Felipe.

D. FELIX. Perdonad,
que la merced fue mas grande,
señor don Juan, para mí,
porque con huéspedes tales
como vos se honra una casa.
Si al transitar por Jadraque,
mal herido y rezagado

de las banderas leales,
en mi casa os acogí
con el afecto de padre,
en esto serví á mi patria,
y á mi rey, que el cielo guarde...
y á la obligacion de hidalgo,
que debí decirlo antes.
Cumplido fuera mi gozo
si las leyes militares
os permitieran pasar
conmigo estas navidades,
mas ya que en mejor salud
podeis hacer nuevo alarde
de lealtad y de valor
contra ese maldito enjambre
de tudescos descreidos,
no seré yo quien retarde,
capitan, vuestra partida.

D. JUAN. Ya la fatiga del viaje
puedo sufrir. Será corto,
pues estan cerca los reales
de Felipe; y otra causa,
no menos justa ni grave
que el pundonor militar,
ya me precisa á ausentarme.
Pueden de un momento á otro
ocupar los alemanes
este pueblo, y si descubre
algun delator infame
que á un oficial castellano
albergan vuestros umbrales,
correis peligro...

D. FELIX. Peligros
que de noble causa nacen
ni se temen ni se escusan
entre hombres de mi linage.
Algo he de hacer por la patria
ya que mosquete ni alfange
no me dejan empuñar
mis años y mis achaques.

Ni puede haber delatores
en los fieles habitantes
de Castilla, que aborrecen
al austriaco y sus parciales.
Ademas en esta villa
nadie os conoce, ni sabe
que estais aqui, y os disfraza
perfectamente ese trage.
Mañana pues partireis.

SERAFINA. (¡Mañana!)

D. FELIX. Al caer la tarde
con guia de confianza
que hasta el campo os acompañe
de Felipe, que asociado
de Vandoma, nuevo Marte
invencible, y Valdecañas,
Aguilar, Moya, Armendariz
y tanto noble caudillo,
sigue animoso el alcance
de las huestes coligadas
hasta vengar los desastres
de Almenara y Zaragoza
y humillar el arrogante
orgullo de Staremberg,
si osa aceptar el combate.

D. JUAN. Sí, sí; partiré mañana...

ESCENA II.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN. GABINO.

GABINO. ¿Quién, si usarcedes lo saben,
es don Felix de Avendaño
y Estremoz...

D. FELIX. Yo soy. ¿Qué traes?

GABINO. (*Sacando una carta.*)
Soy arriero de Almanzan,
y don Gerónimo Sanchez
me ha mandado que os entregue
en propia mano esta...

D. FELIX. (*Tomando la carta.*)
Dame.
GABINO. Esta carta.
D. FELIX. Me hablará
del censo.
GABINO. (*Sacando dinero.*)
Y quinientos reales.
Tomad.
(*Le da el dinero.*)
D. FELIX. (*Levantándose. Don Juan y Serafina hacen lo mismo.*)
Bien venidos sean.
Aguarda afuera un instante,
y que te den de beber.
GABINO. Gracias. Ya mojé el gaznate
en la posada. (¡Ay Manuela!)
D. FELIX. (*Acercándose á la puerta del foro.*)
¡Hola! ¡Luces!
GABINO. (Dios me saque
con bien.)

ESCENA III.

DON FELIX. DON JUAN. SERAFINA. MANUELA.

(*Al entrar Manuela con dos velones encendidos repara en Gabino y da un grito.*)

MANUELA. ¡Ay!
GABINO. (*En voz baja yéndose.*)
Calla.
D. FELIX. ¿Qué es eso?
MANUELA. Que me ha pisado ese diantre...
D. FELIX. ¿Y por eso chillas?
MANUELA. ¡Digo!
¿Pues mis pies no son de carne?
D. FELIX. Entra esa luz á mi cuarto.
MANUELA. (*Dejando uno de los velones sobre una mesa.*)
Está bien.

D. FELIX. Y á ver cómo haces
mi cama y la mulles bien,
que es vergüenza ya tan tarde
tenerme sala y alcoba
como escuela de danzantes.
MANUELA. No he podido...
D. FELIX. ¡Eh!, no repliques...
Antes andabas mas ágil;
pero eres una ave zonza
de tres dias á esta parte.
¿Si estarás enamorada
de algun bribon...
MANUELA. ¿Yo? De nadie.
No señor.
D. FELIX. Si lo averiguo
te hago tomar el portante;
que no gusto yo de amores
en mi casa.
MANUELA. Pero...
D. FELIX. ¡Calle!
MANUELA. (¡Si supiera...)
(*Entra con la otra luz en el cuarto de don Felix, que es de los dos de la derecha el mas cercano al foro.*)

ESCENA IV.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN.

SERAFINA. (*Aparte á don Juan.*)
¡Si supiera...
D. FELIX. (*Á don Juan.*)
Entrad luego que despache
á ese hombre, y acabaremos
de disponer vuestro viaje.

ESCENA V.

SERAFINA. DON JUAN.

SERAFINA. ¡Que al fin te apartas de mí!

D. JUAN. Serafina, es mi deber.
SERAFINA. ¡Ay, desdichada muger!
No podré vivir sin tí.
D. JUAN. Mengua fuera de mi nombre...
SERAFINA. Di que te cansa mi trato;
di que eres infiel, ingrato...
y di por fin que eres hombre.
D. JUAN. Yo perdono tus ofensas
por ser hijas del amor.
SERAFINA. ¿Qué muger quiso mejor?
¡Y tú asi me recompensas!
D. JUAN. Tu amor es mi bien, mi vida;
mas sin nota de cobarde
no es posible que retarde
mi dolorosa partida.
Pues lo ordena asi la suerte
y noble sangre te alienta,
entre mi muerte y mi afrenta
debes preferir mi muerte.
SERAFINA. ¡Tú cobarde! ¡Tú lo dices!
Quien dude de tu valor
pregúntelo á mi dolor
y á tus nobles cicatrices.
No quiero yo tu mancilla,
que aunque el dolor le combate,
tambien en mi pecho late
pura sangre de Castilla.
Mas sin vigor, sin salud,
tanto peligro arrostrar...
¡Ah! Morir sin pelear
es locura, no es virtud.
Pocos dias mas, y luego
parte... aunque fenezca yo.
Si por mi cariño no,
por tu vida te lo ruego.
En un Diciembre ¡Dios mio!
cruzar esa helada cumbre...
¡Si aun al amor de la lumbre
está una muerta de frio!
Aun no te has curado bien.

Suspende el viaje, mi amor,
que te engaña tu valor,
y el cirujano tambien.
¿Qué va á ser de tí, don Juan?
No luches contra el destino.
Es peligroso el camino;
las fuerzas te faltarán...,
y al rigor de la estacion
otra vez tu herida rota,
¡ay, verterá gota á gota
sangre de mi corazon!

D. JUAN. Por Dios, tu llanto serena,
que es inútil y te vende.
Si tu padre nos sorprende...

SERAFINA. ¡Tambien he de ahogar mi pena!

D. JUAN. Ignora nuestros amores
y, sea afecto ó capricho,
no quiere, tú me lo has dicho,
que de nadie te enamores.
Mucho es habernos dejado
hablar solos un instante.
Le asusta mas un amante
que hambriento lobo al ganado.
¿Qué diria si supiera
que el mismo á quien daba asilo...
Tiempo vendrá mas tranquilo,
y entonces...

SERAFINA. ¡Ah! Dios lo quiera.

D. JUAN. Sé constante y serás mia.

SERAFINA. Sí, mi padre es como un niño.
De un esceso de cariño
nace su rara manía.
Solo me aqueja el afan
de separarme de tí
cuando...

D. JUAN. (*Bajando la voz.*)
Abren la puerta.

SERAFINA. Sí.

ESCENA VI.

SERAFINA. DON JUAN. MANUELA.

MANUELA. (*Con una carta en la mano.*)
Mi señor llama á don Juan.
D. JUAN. Voy al instante. Señora...
(*Saluda, y entra en el cuarto de don Felix.*)
SERAFINA. Dios os guarde. — ¿Tengo ya
luz en mi cuarto, Manuela?
MANUELA. Sí señora. ¿Qué mandais?
SERAFINA. Nada.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

MANUELA.

Se guarda de mí...
y yo de ella. Bueno va. —
Veamos, ya que me dejan
un momento en libertad,
á ese loco de Gabino...

ESCENA VIII.

MANUELA. GABINO.

GABINO. (*Á la puerta del foro.*)
¿Estás sola?
MANUELA. Ven acá.
GABINO. ¡Ay perla mia!
MANUELA. ¿Á qué vienes?
¿Estás dado á Barrabás?
GABINO. Un abrazo á buena cuenta.
Luego te diré lo que hay.
MANUELA. (*Deteniéndole.*)
¡Alto!
GABINO. Á casa de mi primo

ha llegado de Almazan
con recado para tu amo
el hijo del tio Gaspar.
Como es paisano y compadre,
y de todo soy capaz
por verte ¡ay sol...!, no he perdido
tan buena oportunidad,
y endosándome su epístola
el consabido gañan,
me entró aqui con el crepúsculo,
murciélago conyugal.

MANUELA. Á esponerte y á esponerme.
¡Qué loca temeridad!

GABINO. No dirán en todo caso
que ultrajamos la moral.
¿No soy tu esposo legítimo?
¿No eres mi cara mitad?

MANUELA. Y si el amo lo supiera
me enviaria á escardar,
que aqui no sufre ninguna
tentacion matrimonial,
no sea que caiga en ella
su hija; y poco le valdrá;
que aunque se guarda de mí,
y por cierto hace muy mal,
no se oculta á mi malicia
que suspira por don Juan.
Vete.

GABINO. ¡Un momento! Lo pido
con mucha necesidad.
¡Maldicion al archiduque
y á todo bicho aleman!
¡Hereges! ¡Quintar á un hombre
casado, sin mas ni mas!

MANUELA. Ya habian echado el bando
cuando fuimos al altar.

GABINO. ¿Quién oye bandos... ni truenos
cuando está muerto de afan
por una moza ojinegra
con diez fanegas de sal?

¡Crueles! Quintarme á mí,
que estudié latinidad...
¡sacrilegio... y á estas horas
sería ya sacristan
si no me hubieran echado
el guante...! ¡Barbaridad
semejante... ¿Y para qué,
si no habia de lidiar
por ellos? Para comerles
de reojo el prest y el pan
hasta que pude largarme
con fusil y con morral.

MANUELA. ¡Desertor! ¡Pobre de tí
si te llegan á atrapar!

GABINO. Harto lo temí buscándote
por las calles de Alcalá
sin saber que ya te hallabas
sirviendo en este lugar;
mas ya no, que el regimiento
ha marchado al Ampurdan.

MANUELA. ¿Pero á qué arriesgarte ahora
sin tener necesidad...
¿No nos veremos despues
cuando te haga la señal?

GABINO. Como soy recien casado...
¿Qué quieres? Debilidad,
miseria humana... Estoy loco,
y es cosa muy natural.—
Ya pasará el noviciado,
y entonces en santa paz...

MANUELA. ¡Noviciado! ¿Eso me dices?
¿Y cuánto podrá durar?

GABINO. En tí consiste. Veremos
lo que reza el Almanak.

MANUELA. Ea, toma la respuesta
á la carta de Almazan,
(*La toma Gabino.*)
y vete. Por hoy te absuelvo,
mas sea sin ejemplar;
porque sino, mi castigo...

Ya me entiendes.

GABINO. No hagas tal,
que yo tendré juicio. ¡Á Dios,
reina mia!

MANUELA. ¡Á Dios, galan!

ESCENA IX.

MANUELA.

¡Ay Gabino de mi vida!
Ve aqui un marido ejemplar.
Por mí le cogió de leva
aquella gente infernal.
Por mí desertó el pobrete,
solo por mí. Ello es verdad
que de valiente no peca;
y aunque cristiano y leal,
nunca tomaria cartas
ni por Diego ni por Blas,
porque es de aquellos que dicen
lo que el antiguo cantar:
"mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal;"
mas del peregil huyendo
puede en la frente quizá
nacerle, que el desertor
tiene pena capital,
y si un austriaco le pesca,
¡Vírgen santa del Pilar!
¡Y con ser tan cobardon
por mí se pasa de audaz!
Bien dicen. Del mas cuitado
hace el amor un Roldan.
Dígalo yo, que atrevida...
(*Mirando por la puerta del foro.*)
¿Pero qué traerá Tomas
que viene tan azorado?—
¿Hay alguna novedad?

ESCENA X.

MANUELA. TOMAS.

TOMAS. ¡Ahi es nada! Los tudescos
que entran ya por el lugar.
MANUELA. ¡Santa Bárbara! ¡Señor! (*Llamando.*)
TOMAS. Dicen que vienen de paz.
(*Suenas cajas.*)

ESCENA XI.

MANUELA. TOMAS. SERAFINA. DON FELIX. DON JUAN.

D. FELIX. ¿Qué es esto?
MANUELA. ¡Los enemigos!
SERAFINA. ¡Ay de mí!
D. JUAN. Tal vez irán
de paso...
D. FELIX. (*Asomándose al balcon. Cesan las cajas.*)
No, que hacen alto.
Enciende otra luz, Tomas,
y vuelve pronto con ella.
(*Vase Tomas por la puerta del foro y vuelve con otro velon encendido.*)
MANUELA. (¡Ay Gabino! ¿Si será
su regimiento...) ¿Qué haremos?
D. FELIX. ¿Qué? Tener serenidad
y ver venir. La prudencia
os encargo, capitan.
Pasareis por mi criado...
SERAFINA. (*Al balcon.*)
Ya se empiezan á alojar
por las casas. ¡Ay Dios mio!
D. FELIX. Si queda algo de don Juan
en su cuarto, al escondite
de las alhajas. Volad.
(*Manuela y Tomas entran con luz en el cuarto de la derecha mas inmediato al proscenio.*)

D. JUAN. ¡Tanto riesgo por mi causa...

D. FELIX. No hableis de eso, voto á san,
que soy quien soy.
(*Al balcon.*)
No dan muestras
de ninguna hostilidad.
Tanto mejor... para todos.
De bien á bien se les da
lo que sea de razon;
(*Aparte á don Juan.*)
si no, morir y matar. —
Daos prisa.

(*Vuelven Tomas y Manuela con una maleta, una casaca y otros efectos militares, y se van por la puerta de la izquierda.*)

D. JUAN. (*Retirándose del balcon.*)
Uno viene aqui.

D. FELIX. Bien. Será algun oficial.
Si viene solo...

D. JUAN. (*Al balcon.*)
En efecto.

D. FELIX. Habrá mas seguridad.
La tropa no será mucha
cuando...

D. JUAN. Ya entra en el zaguan.

D. FELIX. Yo me entenderé con él.
Idos adentro.

SERAFINA. ¡Ah...!

D. FELIX. Marchad.

(*Vanse por la puerta de la izquierda don Juan y Serafina.*)

ESCENA XII.

DON FELIX. Luego EL SARGENTO.

D. FELIX. Habremos de recibirle
con agrado, porque el hombre
manos besa muchas veces
que quisiera...

SARGENT. (*Con espada y alabarda.*)
Buenas noches,
señor patron.

D. FELIX. Dios os guarde.

SARGENT. ¿Hay aqui donde se aloje
con el regalo debido
un sargento de mi porte?

D. FELIX. (*Mostrando la habitacion de don Juan.*)
Aquel cuarto... (Es renegado.
Estos suelen ser peores.)

SARGENT. Os advierto que acostumbro
á obsequiar á mis patrones.

D. FELIX. ¿Cómo?

SARGENT. Aceptando su mesa.

D. FELIX. (¡Mala bomba te destroce!)
Tendré mucho honor...

SARGENT. ¿Á qué hora
cena Jadraque?

D. FELIX. Es conforme.
En mi casa, un poco tarde.

SARGENT. ¡Voto á... pues yo tengo un boquis
de mil diablos, que seis leguas
á pie por peñas y bosques...
¿Eh? — Por hoy cenaré solo.
No quiero que se trastornen
las horas por mí.

D. FELIX. Decid
cuándo quereis... Daré orden...

SARGENT. Al momento. — Que me traten
con llaneza. Unos pichones,
tortilla con magras... Cosa
ligera. Ensalada, postres...
De vino no digo nada,
porque con poco que sobre
tengo bastante.

D. FELIX. (¡Animal!)

SARGENT. Y mejor si es de Belmonte.

D. FELIX. ¿Ha venido mucha tropa?

SARGENT. Sobre quinientos peones.

D. FELIX. (Lo menos aumenta un cero.)

SARGENT. ¡Y qué mozos! Como robles.
D. FELIX. ¿De guarnicion?
SARGENT. No. Venimos
á cobrar contribuciones.
D. FELIX. (¡Otra noticia agradable!)
SARGENT. Todos somos españoles;
gente cruda, pero honrada.
D. FELIX. Sí. (¡Transfugas y traidores!)
SARGENT. Guerra á todo el que sostenga
la causa de los Borbones;
paz al paisano indefenso
cuando es pacífico, y dócil,
y dadivoso. Vos sois
al parecer un buen hombre.
D. FELIX. Presumo que sí.
SARGENT. De aquellos
que dicen: ni Rey, ni Roque,
y obedecen al que manda,
y pagan, y... *ora pro nobis.*
D. FELIX. ¿Qué ha de hacer un pobre viejo...
SARGENT. ¡Pues! Ir trampeando... Cónque...
D. FELIX. (*Acompañándole hasta la puerta.*)
Llamad si algo se os ofrece.
SARGENT. Estimando. Yo... á lo pobre;
lo preciso y nada mas...
(Todo lo que se me antoje.)
(*Entra en la habitacion de don Juan.*)

ESCENA XIII.

DON FELIX.

De buena gana le hubiera
hartado de bofetones.
¡Qué descarado ladron!
¡Con qué llaneza dispone
de lo mio! ¡Y aun parece
que me hace favor el drópe!
Pues si dura mucho en casa
hasta los pies se nos come.

Y gracias si se contenta
con comer como un preboste...
(Tomas y Manuela atraviesan por el foro de izquierda á derecha.)
¡Manuela!

ESCENA XIV.

DON FELIX. MANUELA.

MANUELA. Señor.
D. FELIX. Di á Blasa
que haga de cenar á ese hombre...
Al sargento.
MANUELA. ¿Es un sargento?
D. FELIX. Sí, un pedazo de alcornoque
que solo piensa en tragar.
Tratadle bien, no alborote
la casa y sea preciso
arrancarle los bigotes.
MANUELA. ¿Qué! ¿Tan malas pulgas tiene?
D. FELIX. Hasta ahora, Dios se lo tome
en cuenta, parece manso,
mas la cabra tira al monte,
y á la primer negativa
nos plantará un par de coces.
(Vase Manuela por la derecha del foro y por el mismo lado llega Tomas.)

ESCENA XV.

DON FELIX. TOMAS.

TOMAS. Señor, ahí abajo está
Juan Garrido; por mal mote,
Calzorras. Viene á saber
si el capitan...
D. FELIX. ¡No le nombres,
zoquete!
TOMAS. ¡Ah... No me acordaba.

D. FELIX. (*Yéndose por la derecha del foro.*)
Voy... Silencio.

ESCENA XVI.

TOMAS. Luego SERAFINA.

TOMAS. Como un poste
callaré. — Tiene razon,
que si el sargento nos oye...
SERAFINA. ¿Y mi padre?
TOMAS. Está allá abajo.
(Yo voy á esconder mi cofre.)

ESCENA XVII.

SERAFINA.

¡Enemigos en Jadraque!
¡Ah! Tiemblo como el azogue,
no descubran á don Juan...

ESCENA XVIII.

SERAFINA. EL SARGENTO.

SARGENT. (*Sin alabarda.*)
Voy á ver qué mundo corre...
(¡Hola! ¡Qué linda muchacha!)
(*Se acerca á ella.*)
SERAFINA. (*Sobresaltada.*)
¡Ah...
SARGENT. Niña, no se acongoje,
que soy un pilon de azúcar
aunque llevo este uniforme.
¿Es voacé fruta de casa?
SERAFINA. Sí señor; hija... Perdone,
señor militar...
(*Va á retirarse y el sargento la detiene.*)
SARGENT. ¡Aspacio,

que yo no soy galeote!
Me precio de muy galan,
y habeis de oir cuatro flores...

SERAFINA. Dejadme...

ESCENA XIX.

SERAFINA. EL SARGENTO. DON JUAN.

D. JUAN. (¡Qué veo...!)

SARGENT. ¡Ay ojos!
Soy de la gente del bronce,
la nata de los sargentos
y el mejor par de los doce.

SERAFINA. (¡Ah! don Juan...) Dadme licencia...

SARGENT. Mas de cuatro corazones
por esa Alcarria de Dios
llevan el mio á remolque,
pero el de usarcé es el único
que me viene á mí de molde.

D. JUAN. (*Acercándose.*)
(Ese hombre me va á perder.)

SARGENT. Y por vida de mi nombre,
que habeis de darme esa mano
para que me envidie el orbe.

(*Al ir á tomar la mano á Serafina se interpone don Juan y le abraza, Serafina va á salir por la puerta del foro y al mismo tiempo entra don Felix.*)

ESCENA XX.

SERAFINA. DON JUAN. EL SARGENTO. DON FELIX.

D. JUAN. ¡Bien venido, voto á Sanes!
¡Que viva el sargento Ponce!

D. FELIX. ¿Qué es esto?

SARGENT. Aparte el gañan.
Yo no soy el que supone.

D. JUAN. ¡Paisano!

SARGENT. No apriete tanto,

¡voto á brios! que echo los bofes.

SERAFINA. (*En voz baja.*)
¡Ah, padre...

D. FELIX. ¿Qué ha sucedido?

D. JUAN. (*Soltando al sargento.*)
Me equivoqué. No se enoje
vuesa mercé...

SARGENT. Pues cuidado
con que otra vez se equivoque,
ó le abro en canal.

D. FELIX. ¡Sargento!

D. JUAN. ¡Mire, no sea que tope,
con la horma de su zapato...!

SERAFINA. (¡Dios mio...)

SARGENT. Nadie me tose
á mí, ó por menos de nada
desenvaino el chafarote...

(*Lo va á hacer, don Juan coge una silla, don Felix y Serafina se interponen.*)

SERAFINA. ¡Ah...! ¡Por Dios, señor sargento...

D. FELIX. (*Al sargento.*)
No le hagais caso. Es un torpe...
(*Á don Juan.*)
Vete de aqui.

D. JUAN. ¡Señor...

SERAFINA. ¡Vete!
(*Vase don Juan.*)
Y vuesa merced repórtese,
que herir á un pobre criado
no es digno de un brazo noble.

SARGENT. Mi reina, ucé me desarma;
y no digo yo el estoque,
vida y alma rendiria...
Mas voy á tomar la orden.
Prontito daré la vuelta;
y diga usarcé á ese jóven
que no se encare conmigo,
ó por vida de San Jorge
que he de pagarle el abrazo
haciendo de él un gigote.

ESCENA XXI.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN.

D. FELIX. ¡Buenos estamos!
D. JUAN. (*Á la puerta.*)
¿Se fue?
D. FELIX. (*Mirando por la del foro.*)
Sí; ya va por el zaguan.
SERAFINA. ¡Ah!
D. FELIX. ¿Qué ha sido eso, don Juan?
SERAFINA. Yo, señor, os lo diré.
Á buscaros impaciente
venia yo de allá dentro,
cuando me sale al encuentro
ese soldado insolente.
Requebrábame el villano
cortando el paso á mi huida,
y ya su mano atrevida
osaba afrentar mi mano;
ve don Juan mi compromiso,
quiere evitar mi baldon,
y abrazando al vil Sayon
se interpone de improviso.
D. FELIX. Yo agradezco...
D. JUAN. Y entregara
el temerario sargento
entre mis brazos su aliento
si solo yo peligrara.
D. FELIX. ¡Qué habeis hecho! Su rencor...
D. JUAN. Cuando peligra una dama,
á quien hidalgo se llama
no arredra infame temor.
D. FELIX. Sospechosa fue la chanza;
ya habeis oido sus fieros,
y no es razon esponeros
al furor de su venganza.
D. JUAN. Yo me sabré contener...
D. FELIX. Don Juan, ya el mejor remedio
es poner tierra por medio...

SERAFINA. (¡Cielo...!)
D. FELIX. Y esto se ha de hacer.
Ahora está en casa el paisano
á quien mi amistad os fia
para que os sirva de guia
hasta el real castellano.
No perdamos un momento.
Es hombre alentado y fiel.
Capitan, idos con él
antes que vuelva el sargento.
D. JUAN. Estoy pronto; pero vos...
D. FELIX. Solo hay riesgo para mí
mientras vos esteis aqui.
Marchad. Es forzoso...
D. JUAN. ¡Á Dios...
SERAFINA. ¡Qué! ¿De noche ha de marchar?
Ved que el enemigo vela
y si le ve un centinela...
D. FELIX. Sí; podrian sospechar...
Bien. Parte con él su lecho
el guia, el alba despunta,
con el arado y la yunta
se dirigen á un barbecho,
y fuera ya de la villa
con mulas, que valen algo,
valor y fé, ¡echadle un galgo,
enemigos de Castilla!
D. JUAN. (¡Cruel momento!)
SERAFINA. (¡Y me deja!)
D. JUAN. Ya os sigo. — Guárdeos el cielo,
Serafina.
SERAFINA. (¡Oh desconsuelo!)
Él os guarde y os proteja.
D. FELIX. ¿Le hablas con ese desden?
Bien puedes sin ser liviana
darle un abrazo... de hermana.
SERAFINA. Yo...
D. FELIX. ¡Vaya!
(*Don Juan y Serafina se abrazan y se hablan en voz baja.*)

D. JUAN. ¡Mi amor!
SERAFINA. ¡Mi bien!
D. FELIX. Vamos, que vale un tesoro
cada momento perdido.
¡Valor!
SERAFINA. (¡Yo pierdo el sentido!)
D. FELIX. (¡Valor le digo... y yo lloro!)

ESCENA XXII.

SERAFINA.

(*Dejándose caer en una silla.*)

¡Y parte, y yo en mi pecho
ahogaba los sollozos!
¡Ay amarga partida!
Ahora que nadie os ve, ¡llorad, mis ojos!
Ojos, que espejo fuísteis
do estático de gozo
mi dueño se miraba,
¡ya no se mira en vos! ¡Llorad, mis ojos!
Él os llamaba soles
del cielo de mi rostro.
Hoy que os anubla impía
la noche del dolor, ¡llorad, mis ojos!
¡Y no osaron mis brazos
con vínculo amoroso
tenerle..., aprisionarle
cuando en ellos le vi! ¡Llorad, mis ojos!
¿Quién vuestro dulce fuego,
quién ya verá en vosotros
del corazon amante
la tierna agitacion? ¡Llorad, mis ojos!
¡Ay! Una voz secreta
en son doliente y ronco
me dice: ¡desgraciada,
no volverásle á ver! ¡Llorad, mis ojos!
Hoy ausente, mañana
quizá yerto despojo...
¡Ay! Aunque amor os ciegue,
llorad... ¡Ya no le veis...! ¡Llorad, mis ojos!

ESCENA XXIII.

SERAFINA. DON FELIX.

D. FELIX. Serafina.
(*Serafina se levanta enjugándose los ojos.*)
SERAFINA. (¡Ah!) ¿Qué mandais?
D. FELIX. ¿Qué es eso? ¿Estabas llorando?
SERAFINA. Yo...
D. FELIX. No lo ocultes. Son lágrimas
de amistad: yo las aplaudo.
Hombre y todo, yo tambien
al despedirle allá abajo...
Él lo merece; eso sí.
Como á huésped, como á hermano
no me ofende que le estimes;
pero si fuese tu llanto
de amor... ¡Eh! Yo no lo creo.
Los tiempos son muy aciagos
para pensar en casorios,
y me darias un trago
mortal si en eso pensaras,
que solo de imaginarlo
me da pena. Tú eres sola
el apoyo y el encanto
de mi vejez, y venir
á arrancarte de mis brazos
un boqui-rubio, tal vez
mal yerno y peor cristiano...
¡Y los cuidados domésticos,
los sinsabores, los partos...
Ya lo he dicho. Hasta que cumplas
lo menos veinticinco años
no me pienses en marido,
que no daré el *exsequatur*
aunque su mano te ofrezca
el duque del Infantado.
SERAFINA. (¡Ay triste!) Señor, soy hija
obediente, y mi conato

será siempre...

D. FELIX. Basta, basta.
Ya sé que eres un dechado
de sumision y modestia.
Volviendo á nuestro bizarro
capitan, ya no hay peligro
de que haya un lance pesado
con el soez sargenton,
y mañana muy temprano
emprenderá su camino...
¡Ah! Ya me ha habia olvidado...
(*Llamando.*)
¡Manuela! Aunque nada temo,
bueno será, por si acaso...

ESCENA XXIV.

SERAFINA. DON FELIX. MANUELA.

D. FELIX. Yo quiero que Serafina
duerma en lo mas retirado
de la casa, y es preciso
que las dos cambieis de cuarto.

MANUELA. (¡Miren qué aprension ahora!)

D. FELIX. (*A Manuela.*)
El suyo está muy cercano,
y aunque estoy yo de por medio,
y no me asustan soldados,
y hay buen cerrojo en la puerta,
no es decente, sin embargo,
que pueda oir Serafina
los resoplidos de un zafio.

SERAFINA. Se hará como vos mandais.

D. FELIX. Andad á mudar volando
las camas...

MANUELA. Pero, señor,
por un escrúpulo vano,
trastornar ahora...

D. FELIX. ¡Calle,
y hágase lo que yo mando!

MANUELA. (*Yéndose por la izquierda con Serafina.*)
(¡Mal haya el viejo y mal haya
su mutacion de teatro!)

ESCENA XXV.

DON FELIX.

Por dicha, breve será
la mansion de esos bellacos
en Jadraque. Corren voces
de que se estan preparando
á emprender la retirada,
y ya su príncipe austriaco
la vuelta de Barcelona
tomó con dos mil caballos.
¡Quiera el cielo...

ESCENA XXVI.

DON FEIX. EL SARGENTO.

SARGENT. (*Viene un poco alegre.*)
¡Hola, patron!
D. FELIX. (No se hace esperar el bárbaro.)
¿Cómo tan pronto?
SARGENT. Estoy hecho
á recogerme temprano,
que soy hombre de conducta.
Tomé la orden y un trago,
y acá estamos todos.
D. FELIX. Bien;
lo celebro. ¿Quereis algo?
(Lo del trago es evidente.)
SARGENT. ¡Unas agujetas traigo...
¿Dónde está la patroncilla?
D. FELIX. Allá dentro.
SARGENT. Estoy picado
con ella, que es mucha injuria
poner hocico de á palmo

á un hombre de mi calibre.

D. FELIX. (¿No digo que está borracho?)
No lo estrañeis. Es muy tímida,
y la vista de un soldado...

SARGENT. Hable usarcé con mas modo.
Soy sargento.

D. FELIX. Ya, ya estamos...
Militar quise decir.

SARGENT. Y no soy yo tan zamarro
que no sepa camelar
á la hija de un hidalgo,
ni tan atroz que me quiera
apoderar por asalto
de bellezas que á la larga
sabe rendir este garbo.

D. FELIX. Mirad que hablais con su padre.
(Dios me tenga de su mano.)

SARGENT. Su padre; ¡pues! Ya lo sé.
¡Si por eso mismo os hablo
con la franqueza de amigo!

D. FELIX. (¡Vive Dios...) Yo...

SARGENT. Es necesario
que la crieis mas humana
ó la metais en un claustro.

D. FELIX. Yo sabré...

SARGENT. Lo que es á mí,
ni su ceño ni su halago
me importan un caracol.
Asi nos parta aqui un rayo...

D. FELIX. A mí, no.

SARGENT. Como es verdad
lo que digo.

D. FELIX. Y yo lo aplaudo.

SARGENT. Damas de tanta... prosodia
nunca fueron mi bocado
favorito, que me muero
por una moza de cántaro,
larga trenza, media azul,
y á media pierna el refajo;
de esas que levantan piedras

cuando bailan el fandango,
y no se andan con melindres,
y saben dar sin empacho
al que peta un consuelillo
y al que no peta un sopapo.—
Pero vamos al decir.
Decia...

D. FELIX. Estoy enterado.

SARGENT. Amen. Vengan esos cinco...

D. FELIX. (¡Hum...) Sí.
(*Le da la mano.*)

SARGENT. (*Apretándosela y dándole una palmada en el hombro.*)
Hasta luego, paisano.
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA XXVII.

DON FELIX.

¡Señor! ¿qué pecado añejo
estoy ahora purgando?
¿Pues no me la echa de amigo
y camarada ese... sátiro!

ESCENA XXVIII.

DON FELIX. SERAFINA.

SERAFINA. Ya se han mudado las camas.
Sin duda es el alojado
el que entró...

D. FELIX. Sí. ¡Mal trabuco
le haga salir hecho tacos!

SERAFINA. ¡Por Dios, no os oiga!

D. FELIX. ¿Qué importa,
si al cabo, tarde ó temprano,
será preciso arrojarle
por un balcon?

SERAFINA. ¡Ah! Mas bajo...
¿Qué ha dicho? ¿Viene furioso?

D. FELIX. No tal; todo lo contrario.
Trae un vino muy pacífico,
muy donoso... el condenado;
pero su sorna, y su risa,
y el amistoso agasajo
que me muestra me enfurecen
mas que si echara venablos
por la boca.

SERAFINA. (*Yéndose.*)
Abre la puerta.

D. FELIX. (*Deteniéndola.*)
Quieta. Quédate á mi lado.
Peor es irte.

ESCENA XXIX.

SERAFINA. DON FELIX. EL SARGENTO.

SARGENT. Señor huésped...
(*Mirando á Serafina.*)
(¡Suyo! ¡Clavada!)
(*A don Felix.*)
Aqui os traigo,
para que veais que soy
hombre á toda ley honrado,
una joya que, sin duda
por descuido involuntario,
debajo de una almohada
se trasconejó en mi cuarto.

SERAFINA. (¡Ah!)

D. FELIX. (¿Qué será...)

SARGENT. Yo al principio
me figuré que era un santo,
y ya iba á rezarle un credo...
cuando vi que era un retrato.

D. FELIX. ¡Un retrato!

SERAFINA. (¡Ah... ¡Soy perdida!)

SARGENT. (*Dándole el retrato.*)
Tomad. Es vivo traslado
de esa linda desdeñosa.

D. FELIX. (*Mirando el retrato.*)
(¡Cielos! ¿Qué veo!)

SARGENT. Al respaldo
hay una especie de cifra,
y entre una flecha y un lazo
dos corazones ardiendo,
que da compasion mirarlos.
Ya veis que la señorita
no es para todos de mármol.

D. FELIX. (¡Hija indigna...!) No hay misterio
en eso. Era de su hermano
el que estudia en Salamanca...

SARGENT. Sea de Poncio Pilato.
¿Qué me importa á mí? Maldita
de Dios la cosa. Otro ganso
se apropiaria el favor
y diria : ¡Hola! Esto es algo;
mas yo no me mamo el dedo,
que soy zorro veterano,
y veo que ni el dibujo
ni esos bellos garabatos
se han formado para mí;
que, como dice el adagio,
la dulce miel no se hizo
para la boca del asno.
Y en fin, hablemos en plata.
¿Qué hago yo con un retrato?
Si fuera el original...
¡Pues! Yo no soy ermitaño.

ESCENA XXX.

DON FELIX. SERAFINA. EL SARGENTO. TOMAS.

TOMAS. (*Al sargento.*)
La cena está preparada.

SARGENT. ¡Eso sí, cuerpo de Baco!,
que el mio parece ya
cañon de órgano. Muchacho,
guíame tú á la pitanza.

TOMAS. Seguidme.
SARGENT. ¿Habrá vino largo?
TOMAS. Cuanto querais.
SARGENT. ¡Que me place!
Si ucés gustan de mi rancho...
D. FELIX. Muchas gracias.
SARGENT. Con franqueza.
D. FELIX. Id con Dios.
SARGENT. Vamos andando.
(*Vase con Tomas por la derecha del foro.*)

ESCENA XXXI.

DON FELIX. SERAFINA.

D. FELIX. ¡Oh! No sé cómo he podido
reprimir mi justa saña.
¿Asi, traidora, se engaña
á un padre...
SERAFINA. Perdon os pido.
D. FELIX. ¿Perdon? Jamas.
SERAFINA. ¿Quién es dueño
de querer ó no querer?
Él me adora. Soy muger...
Deponed, señor, el ceño...
D. FELIX. Sella la boca importuna,
hija ingrata. ¡Oh cielo! ¿Es esta
la sumisa, la modesta?
¿Quién se fia de ninguna?
SERAFINA. Yo me propuse cerrar
el pecho á su imagen fiel,
pero ya reinaba en él
cuando quise recordar.
Mal de mi grado, testigo
es Dios, falté á mi promesa,
mas cuando entra de sorpresa
¿quién resiste al enemigo?
No es mia la culpa, no.
Para no amar á don Juan
debió ser menos galan,

ó menos sensible yo.

D. FELIX. Le doy un hogar, un lecho...
¡La vida!, y huésped ingrato...
¿Quién ha hecho este retrato?

SERAFINA. Entre él y el amor lo han hecho.

D. FELIX. ¡Ay perfidia! ¡ay deshonor!

SERAFINA. No, yo os juro por mi vida...

D. FELIX. ¡Mientras curaba su herida
él me hacia otra mayor!

SERAFINA. Noble y cristiana piedad
que me inspiró su dolor
abrió la puerta al amor
por mano de la amistad.
Pero amor todo del alma,
solo con amar contento,
sin liviano pensamiento
que altere su dulce calma.
Ni podreis dudarlo, no,
si advertís, aunque severo,
que es don Juan muy caballero
y soy vuestra sangre yo.

D. FELIX. No es hidalgo, ni lo piensa,
quien insidia tu virtud,
y con tal ingratitud
tanta amistad recompensa.
Aun puedo el luciente acero
blandir. Con él, vive Dios,
le haré ver cuál de los dos
ha sido mas caballero.

SERAFINA. ¡Padre mio...!

D. FELIX. Mas mi saña,
hoy que es su peligro inmenso,
puede entregarle indefenso
á los verdugos de España.
No; mi palabra empeñé
de ampararle en este trance,
y no hay ofensa que alcance
á la altura de mi fé.
Vaya en paz; su bien deseo;
pero renuncie á tu amor,

y en el campo del honor
busque mas digno trofeo.

SERAFINA. ¿Qué, señor! ¿Será delito...

D. FELIX. No me le nombres jamas,
sino quieres... Cuanto mas
le defiendes, mas me irrito.

SERAFINA. Yo moriré de pesar.

D. FELIX. ¡Y yo primero! — (Me voy
antes que vea que estoy
reventando por llorar.)
(*Entra en su cuarto.*)

ESCENA XXXII.

SERAFINA.

¡Ay triste de mí! Se aleja
mi idolatrado don Juan
y no sabe el crudo afan
á que entregada me deja.
¿Quién sabe si entre los dos
será ya eterna la ausencia?
¿Y se irá ¡cruel sentencia!
sin darle el último á Dios?
Ni á su tierna amante fiel
sabrá cómo ha de escribir;
ni si me llego á morir...
¡sabrá que muero por él!
¿Qué haré? ¿Me he de aventurar
á otro mayor compromiso...
Sí; estoy resuelta. Es preciso...
Esta noche le he de hablar.
(*Se dirige á la puerta de la izquierda.*)



ACTO SEGUNDO.

Una sala con alcoba en el foro y una puerta en la misma línea, á la izquierda del actor: en cada costado un balcon: inmediato al de la derecha un brasero, ya apagado, de la misma forma que el del acto primero; junto á él, una mesilla, sobre la cual arde una vela: cortinas de indiana á la entrada de la alcoba.

ESCENA PRIMERA.

SERAFINA, sentada. MANUELA, de pie.

SERAFINA. (¡Oh qué importuna muger!)
Vete. Ya el sueño me rinde.
MANUELA. Aunque está tan retirado
este cuarto, y el caribe
del sargento, despues que hubo
devorado como buitre
cena que bastara á nueve
con vino para otros quince,
cuatro horas hace, lo menos,
que duerme como un pontífice,
y no le despertarian
atambores y clarines,
tendreis miedo aqui tan sola...
SERAFINA. No. Márchate...
MANUELA. Permitidme
que me quede á acompañaros.
Yo velaré como lince...
SERAFINA. Es inútil. Cerraré
bien la puerta. No es posible
que se mueva de su cuarto
el sargento sin oirle
mi padre. No temo nada.
MANUELA. Con todo eso...

SERAFINA. No porfies.
Vete, que has de madrugar.
MANUELA. (*Encendiendo una cerilla.*)
Pues mandais que me retire,
á Dios... ¿Quereis que os desnude?
SERAFINA. (No lograré verme libre.)
Pienso acostarme vestida.
MANUELA. Mirad que el frio es terrible.
SERAFINA. (*Levantándose.*)
Me arroparé. Vete ya
con Dios.
MANUELA. Quedad con la Vírgen.—
Pero en verdad que me duele
dejaros. Estais tan triste...
SERAFINA. ¡Oh! No lo creas.
MANUELA. (La ausencia
de su capitan la aflige.)
Si os ocurre algo, llamad.
SERAFINA. Bien... No tienes que advertirme...
MANUELA. (*Yéndose.*)
Hasta mañana. (¡Ay Gabino!)
SERAFINA. (*Viéndola salir.*)
¡Gracias á Dios que te fuiste!

ESCENA II.

SERAFINA.

¡Cuánto me cansaba ya!
¡Si parece que conspira
contra mí! ¡Jesus! Mentira
me parece que se va.
(*Mirando por la cerradura de la puerta.*)
Viéndola estoy por el ojo
de la llave.—En mi aposento
ha entrado. Bien.—Ya la siento
echar por dentro el cerrojo.
Si ahora padre se desvela...
No, que está del otro lado
su cuarto.—Pero acertado

será apagar esa vela.
(*Se dirige adonde está la luz.*)
¿Qué voy á hacer? Si me quedo
á oscuras, el riesgo crece.
Será facil que tropiece...
¡Ah! Temblando estoy de miedo.
(*Vuelve á la puerta y aplica el oido.*)
Nada siento. Estoy segura.—
Pero pueden despertar...
No, no le quiero llamar.
Es liviandad; es locura.
Me pesa de haberle escrito...
Pero es pura mi intencion
y clamaba el corazon...
Fue forzoso oir su grito.—
Tomas, que llevó el papel,
callará. Ademas, ignora
que á este sitio y á esta hora
citaba á don Juan en él.—
¿Y acaso sola soy yo
quien peligra? Si don Juan
es sorprendido... ¡Ay afan!
No debo llamarle; no.
Poco es que el hado destruya
mi ventura apetecida.
Nada me importa mi vida;
¡mas comprometer la suya...!
Si ya en la calle me aguarda,
su riesgo en ella es mayor.
¡Ay! antes no vi el error,
y ahora todo me acobarda.
Abriré... Si abajo está...
(*Abre con tiento el balcon de la derecha, y mira por él.*)
¡Qué espantosa lobreguez!
Nada distingo.—Otra vez...
(*Vuelve á escuchar desde la puerta.*)
Nada.—Voy... ¿Qué espero ya?—
(*Da un paso hácia el balcon y se pára.*)
Cerrar primero la puerta

por dentro será mejor.
(*Va á echar el cerrojo y se detiene.*)
¡No, que es cerrarla á mi honor!
Prefiero que quede abierta.—
¡Oh cielo! Si sufre tanto
quien con el alma inocente
se arriesga asi, el delincuente
¿cómo no muere de espanto!
(*Encaminándose otra vez al balcon de la derecha.*)
¡Ánimo! Al balcon...
(*Vuelve á detenerse.*)
Son dos,
y á distintas calles dan,
y no previne á don Juan
cuál de ellos... ¡Válgame Dios...!
¿Qué haré? ¡Fatal compromiso!
¡Necio descuido! ¿Por cuál
le hago ahora la señal?—
Abrir el otro es preciso.
(*Abre el balcon de la izquierda.*)
Ahora entre este y el de enfrente
me coloco...
(*Se sitúa en medio del teatro.*)
Bien estoy.
Doy tres palmadas...
(*Va á darlas y se detiene.*)
¿Las doy?—
¡Pese al miedo impertinente!
¿No confio en él y en mí?
¿No es forzoso lo que intento?
Le hablaré solo un momento...
(*Da las tres palmadas.*)
No hay remedio. Ya las dí.—
¡Ay Dios! ¡Con cuánto trabajo
subirá... Mi corazon
tiembla... No; cada balcon
tiene una reja debajo.—
Quisiera ayudarle yo...
Nada siento.—
(*Mirando por el balcon de la derecha.*)

Por aqui
tal vez...
(*Oyendo ruido en el otro balcon se vuelve de repente y tropezando con la vela la deja caer y se apaga.*)
¡Ah! no. Por alli...
¡Ay Dios mio! ¡Se apagó!

ESCENA III.

SERAFINA. GABINO.

GABINO. (*Entrando por el balcon de la izquierda y hablando á media voz.*)
Prenda mia, ¿estás á oscuras?
SERAFINA. (*Á media voz.*)
Mi bien...
GABINO. ¿Por dónde... No veo...
(*Va tentando hasta dar con Serafina.*)
¡Ah! Ya te cogí. Un abrazo...
SERAFINA. (*Desviándose y alzando la voz.*)
Apartad, mal caballero...
GABINO. ¡Oiga! ¿Disfrazas la voz
y con tono palaciego
me la echas de desdeñosa?
¡No es mala humorada!
SERAFINA. (¡Cielos!
Esa voz...)
GABINO. Chanzas aparte,
morena, que vengo yerto
de frio...
SERAFINA. Apartad. Huyamos...
(*Gabino logra asirla de un brazo.*)
Daré voces...
GABINO. No te suelto.

ESCENA IV.

SERAFINA. GABINO. DON JUAN.

D. JUAN. (*Entrando por el otro balcon.*)
¡La voz de un hombre! ¡Oh traicion!

GABINO. ¡Cómo! ¿Otro galan tenemos?

SERAFINA. Idos, villano, insolente...

GABINO. (*Soltándola.*)
(No, no es ella.—Ya no encuentro
el balcon...)

D. JUAN. Muger traidora,
¿me citabas para esto?

SERAFINA. (*Á Gabino.*)
¡Ay, don Juan! Soy inocente...

GABINO. No soy don Juan ni don Pedro,
sino un marido lechuza
que halla ocupado su puesto.

D. JUAN. Morirá tu infame cómplice
á mis manos...

(*Gabino se quita el sombrero y lo adelanta á su cuerpo como para guardarse con él de algun golpe.*)

SERAFINA. ¡Oh! Mas quedo...
¡Por Dios! No puedo, don Juan,
esplicar este suceso,
mas vuestro amor, que es mi vida,
me falte si yo os ofendo.

D. JUAN. Calla, fementida. Deja
que mate á ese hombre primero...

(*Llega á coger el sombrero de Gabino, huyendo este lo suelta, don Juan lo arroja y va á parar debajo de la mesa.*)

GABINO. ¡Zape...!

D. JUAN. ¿Dónde estás, villano...

SERAFINA. ¡Ah Dios mio...!

GABINO. ¡Aquí perezco!

D. JUAN. (*Logrando asir á Gabino.*)
¡Ah! Ya eres mio.

GABINO. ¡Piedad!
Si hay aqui algun gatuperio,
no es el que vos presumís;
ó mas bien, á lo que entiendo,
los gatuperios son dos.
No codicio el bien ageno,
sino el mio. Echaré yescas

y vereis...

(*Suena el picaporte y entra Manuela con luz.*)

SERAFINA. La puerta abrieron.
¡Perdida soy!

ESCENA V.

SERAFINA. DON JUAN. MANUELA. GABINO.

MANUELA. ¡Señorita...!
SERAFINA. (*Poniéndose al lado de don Juan.*)
De vos me amparo.
MANUELA. ¡Qué veo!
¡Gabino!
GABINO. ¡Esposa del alma!
D. JUAN. ¡Su esposa!
SERAFINA. ¡Oh! Ya lo comprendo
todo.
MANUELA. Es mi marido; sí.
D. JUAN. ¿Cómo...
MANUELA. Perdonad, os ruego,
mi flaqueza.
SERAFINA. ¡Ah! ¿No es mayor
la mia? ¡Y ya estoy sufriendo
el merecido castigo!
MANUELA. Por el cambio de aposentos...
D. JUAN. (*Á Serafina.*)
Sí; en tu carta me decias...
GABINO. Yo nada sabia de eso...
MANUELA. Si me hubierais confiado,
señora, vuestro secreto,
yo, que ya lo barruntaba
y tanto motivo tengo
para callarlo...
SERAFINA. ¡Ay! En todo
yerra una infeliz.
GABINO. Si al menos
me hubieras tú prevenido...
MANUELA. ¿Tuve ocasion para hacerlo?
Pero tú ¿cómo has osado

subir aqui?

GABINO. ¿Soy yo lerdo?
Al oir las tres palmadas
me apoyo en la reja y trepo...

MANUELA. ¡Diablura...!

SERAFINA. Con esa seña
quedé en llamar á mi dueño.

MANUELA. ¡Y era la nuestra tambien!

SERAFINA. Y como los dos la oyeron,
cada cual desde su calle,
porque la dí puesta en medio
de la sala...

D. JUAN. Ambos subimos...

GABINO. Y si no llegas tan presto
hay aqui sin mas ni menos
capeletes y montescos.

SERAFINA. ¿Y mi padre! ¿Habrá sentido...

MANUELA. No debe de estar despierto.
Como su sueño es profundo
y este cuarto está tan lejos
del suyo... Perded cuidado.
No se estaria tan quieto
si la mas leve sospecha...
Yo misma, que estaba mas
distante, nada sentí,
os lo afirmo, hasta el momento
de atravesar el pasillo...

SERAFINA. ¿Pues cuál ha sido el objeto
de venir tú aqui...

MANUELA. ¡Ay, señora!
Estaba muerta de miedo.

SERAFINA. ¡Miedo! ¿De qué?

MANUELA. Cuando entré
con mas angustia que sueño
en vuestra alcoba y vestida
me iba á tender en el lecho,
parecióme oir pisadas
en el cuarto del sargento;
aplico atenta el oido
pegada al mismo agujero

de la llave, y le oigo entonces
abrir el balcon...

SERAFINA. ¡Ay cielos!
(*Á don Juan.*)
Te habrá visto...

MANUELA. Yo temblaba,
y mi primer pensamiento
fue que intentaba robarnos
y que, obrando de concierto
con algunos camaradas,
les daba entrada el perverso
por el balcon. Presurosa
salgo de aquel aposento
y á llamar á vuestro padre
iba ya, cuando sintiendo
hácia esta parte rumor,
acudo azorada, y veo
lo que menos presumía.

D. JUAN. (*Á Serafina.*)
Vano ha sido tu recelo;
ya lo ves. Toda la casa
está en profundo silencio.

(*Manuela coge la vela que estaba en el suelo y la pone sobre la mesa.*)

SERAFINA. Ó tú has soñado despierta,
ó, borracho como un cuero
el sayon, quiso salir
con estrellas á paseo.

MANUELA. Él cenó bárbaramente
y tal se puso aquel cuerpo
de vinazo...

SERAFINA. No perdamos
en vanos juicios el tiempo.
Idos, don Juan; no tardeis.
(*Á Gabino.*)
Vos tambien.—Todo lo temo.
(*Á don Juan.*)
Ya os he escrito que mi padre
nuestro amor ha descubierto,
y si os sorprendiera aqui...

¡De pensarlo me estremezco!
(*Saca un papel y se lo da.*)
Tomad. En este papel
vereis, don Juan, por qué medio
podeis escribirme. ¡Á Dios...

MANUELA. Siento pasos...
(*Hablan todos en voz baja.*)

SERAFINA. ¡Ah! Corriendo,
¡el cerrojo...

MANUELA. (*Yendo hácia la puerta.*)
¡No ganamos
para sustos!

GABINO. Mi sombrero...
(*Buscándole sin dar con él, tropieza con don Juan y le embaraza el paso.*)

D. JUAN. Apartad...
(*Llaman á la puerta.*)

MANUELA. ¿Oís llamar?

D. FELIX. (*Dentro.*)
¡Serafina!

MANUELA. Ya no debo
echar el cerrojo.

SERAFINA. ¡Huid!

MANUELA. (*Oyendo levantar el picaporte.*)
¡Que abre!

SERAFINA. (*Apagando rápidamente la cerilla de Manuela.*)
¡Esa luz! — Escondeos.
(*Entra don Juan en la alcoba y Gabino se refugia en el balcon de la izquierda.*)

ESCENA VI.

SERAFINA. DON FELIX. MANUELA.

D. FELIX. ¿Cómo...! ¿No teníais luz?

MANUELA. Señor, la ha apagado el viento
cuando iba á abriros la puerta.

D. FELIX. ¿Qué oigo! ¡Aqui Manuela...

MANUELA. El miedo...

D. FELIX. Trae la que yo me he dejado
en el pasillo.
MANUELA. Corriendo.
(*Anda como atontada y sin direccion.*)
(¡Ay Gabino!)
D. FELIX. ¿Dónde estás,
Serafina?
SERAFINA. Aqui...
MANUELA. Me pierdo...
¡Ah! Ya he dado con la puerta.
(*Sale y vuelve luego con otra luz.*)
D. FELIX. ¿Te has levantado del lecho?
SERAFINA. Vestida me recosté
un instante, y cuando el sueño
me rendía, entra Manuela
asustada, sin aliento...
MANUELA. Oí pasos en el cuarto
del alojado...
D. FELIX. En efecto...
MANUELA. Oíle abrir el balcon:
no presumí nada bueno,
y me vine... Aun no he podido
echar el susto del cuerpo.
(¡Y qué verdad!)
D. FELIX. Yo no sé
qué habrá ocurrido á ese perro
tan á deshoras. Salia
de su cuarto echando ternos
cuando yo me desperté;
salgo entonces á su encuentro...
¿Qué se ofrece, le pregunto?—
Abridme la puerta luego,
me responde. — ¿Adónde vais?
replico. — A tomar el fresco.
¿Qué os importa? — ¿Volvereis?—
Sí señor. — ¿Cuándo? — Veremos.
Disimulando mi enojo,
porque era preciso hacerlo,
bajo con él al zaguan,
le abro la puerta, y observo

que va á la reja de enfrente
y llama... á algun compañero
sin duda; cierro y me subo,
hácia este lado me vengo
por si habias despertado,
distingo luz, llamo y entro.
Esto es todo lo que pasa;
mas no temais. Duerme el pueblo
en paz y no hay apariencias
de que turben su sosiego
esos hombres. Yo presumo
que habrá salido el sargento
para hacer algun servicio;
ó mas bien, que hecho un pellejo
va donde los pies le llevan
sin consultar al cerebro,
como barco sin timon
que boga á merced del viento.

SERAFINA. Bien decís. Vuestras razones
calman mi inquietud... (¡Yo tiemblo!)

D. FELIX. Creo que hasta ser de dia
no volverá. Recogeos
y descuidadas dormid,
que en todo caso yo velo...

SERAFINA. Lo haré, pues vos lo mandais.

D. FELIX. Pues á Dios...

SERAFINA. (¡Se va!)

D. FELIX. ¿Qué es eso?
Con tanto frio, ¿teneis
los dos balcones abiertos?

SERAFINA. (*Turbada.*)
Es verdad. Yo...

MANUELA. Los abrimos
para observar con qué intento
abrió el suyo el alojado,
y para pedir por ellos
favor á la vecindad
si mi temor era cierto.

D. FELIX. Cerradlos ya con mil santos,
que si hay ahora algun riesgo,

es solo contra el pulmon.
(*A Manuela.*)
Cierra aquel mientras yo cierro
estotro.

(*Cierra Manuela el balcon de la derecha, y acercándose don Felix al de la izquierda, halla escondido en él á Gabino.*)

¡Qué veo! ¡Un hombre!

SERAFINA. (¡Ah!)
MANUELA. (¡No bajó!)

ESCENA VII.

DON FELIX. SERAFINA. MANUELA. GABINO.

D. FELIX. (*Asiéndole.*)
¡Vil...
GABINO. (*Saliendo del balcon y arrodillándose.*)
¡Teneos!
Soy un infeliz..., un nadie;
y me arrodillo; y me entrego
á discrecion.
D. FELIX. ¡Serafina!
¡Manuela!
LAS DOS. ¡Señor...!
D. FELIX. ¿Qué es esto?
SERAFINA. No sé...
MANUELA. No conozco á ese hombre.
SERAFINA. Yo tampoco...
D. FELIX. Ya lo infiero.
No habias tú de tener
tan villanos pensamientos.—
¿Qué hacias tú en el balcon,
mal nacido?— Alza del suelo.
GABINO. (*Levantándose.*)
Yo, señor, os lo diré.
Dejadme tomar aliento.
Vuesarced habrá estrañado...
eso se cae de su peso,
verme, sin ser alcarraza,

estar tomando el sereno;
pero hay lances apurados
en que uno... Vamos al hecho.—
Ante todas cosas, juro
que no sé dónde me encuentro,
ni conozco á esas señoras,
ni he traslimitado el hueco
del balcon.

D. FELIX. Menos palabras.

GABINO. Es que no es justo, ni quiero
que pague nadie por mí.—
Pues señor, vamos al hecho.—
Sepa usarced que yo soy
en Jadraque forastero;
sepa tambien que me asusto
de mi sombra. Esto supuesto,
no es maravilla...

D. FELIX. Acabad.

GABINO. (¿Cómo forjaria un cuento...)

MANUELA. (Dios ponga tiento en su lengua.)

D. FELIX. ¿No hablais?

GABINO. Sí. Vamos al hecho.—
El hecho es que yo volvia
de cenar un poco lejos
de la casa donde paro;
es decir, donde me hospedo;
que no conozco las calles;
que es de noche... Este es un hecho.—
Que por ese laberinto
de callejones horrendos
perdíme, y se perderia
el que no fuera Teseo.

D. FELIX. Teseo no tiene aqui
nada que ver.

GABINO. Es un hecho;
pero quise con un simil...

D. FELIX. ¡Voto á mi padre... Acabemos.

GABINO. Pues señor, yo andaba á tientas;
aqui caigo, aqui tropiezo,
y al revolver esa calle

acierto á ver, si es acierto
ver lo que no se quisiera,
á una patrulla. Detengo
el cansado pié. Preguntan:
"¿quién vive?"—Yo estaba muerto.
¿Qué habia de responder?—
Callo el pico; retrocedo;
me siguen... ó no me siguen,
pero yo lo doy por hecho;
gritan... ó yo lo imagino:
"¡preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!¡"
tiento una reja; la escalo;
desde la reja me cuelo
á un balcon..., á ese balcon
que no me dirá que miento;
oigo voces; me acurruco;
me atrapais... Este es el hecho.

D. FELIX. El hecho es que eres un pillo,
un ladron y un embustero;
que ahora mismo te hago atar
codo con codo y te llevo
á la guardia...

MANUELA. (¡Santo Dios!)

SERAFINA. ¡Señor...

GABINO. ¡Piedad...

D. FELIX. No hay remedio.
(*A Manuela.*)
Llama á Tomas.

MANUELA. Perdonadle.
No tiene traza ni gesto
de ladron...

D. FELIX. Nadie replique.
No transijo con rateros.

GABINO. ¿Ratero? ¡Eso no! Diré
la verdad, aunque me pierdo.
Soy desertor.

D. FELIX. ¡Desertor!
Aun es delito mas feo
que el de ladron. ¡Y en campaña!
Ahora sí que no te absuelvo.

¡Desertar de sus banderas
cuando el aleve tudesco...

GABINO. ¿Qué decís? No son las filas
de Felipe á las que vuelvo
la espalda, ni tal hiciera
quien siente hervir en el pecho
sangre castellana, humilde,
pero leal. Me cogieron
de leva los enemigos;
al prestarles juramento
hice restriccion mental...,
son hereges y no poco;
llevé por Dios que me diesen
el equipage completo,
y á las primeras de cambio
tomé las de Villadiego.

D. FELIX. Aun me hará reir el pícaro.—
Falta saber si eso es cierto.

GABINO. Lo puedo justificar.
En Jadraque mismo tengo
personas...

D. FELIX. (*Mirándole con atencion.*)
Ahora reparo...
Sí tal. Tú eres el arriero
de Almazan...

MANUELA. (¡Malo!)

GABINO. (Cogióme.)
Y vos sois... ¡raro portento!
Don Felix...

D. FELIX. ¿Cómo afirmaste
que no sabias, cuatrero,
dónde estabas?

GABINO. ¿Pues no dije
que habia perdido el tiento...
Pero en fin, probado está
que no he pensado ni pienso
quebrantar, señor don Felix,
el séptimo mandamiento;
pues si fuera yo inclinado
á ese ramo de comercio,

¿quién me impedía embolsar
los consabidos quinientos?

D. FELIX. Dices bien. — Mas todavía
tengo sospechas...

(*Derramando la vista por la habitacion repara en el sombrero de Gabino y lo coge.*)

¡Qué veo!
Si en el balcon te quedaste,
¿cómo hallo aqui tu sombrero?

MANUELA. (¡Ah!)

SERAFINA. (¡Fatalidad!)

GABINO. ¡Señor...

D. FELIX. ¡Niega que es tuyo!

GABINO. No niego;
pero...

D. FELIX. Esto prueba que entraste
en el cuarto.

GABINO. El argumento
no es exacto; perdonad.
Si eso prueba algo en efecto,
no prueba que he entrado yo,
sino que ha entrado el sombrero.

D. FELIX. ¿Cómo, traidor...

GABINO. Es el caso
que hacia un aire muy recio...

D. FELIX. ¡Eh! Calle; basta, que ya
se apura mi sufrimiento.
¿Y vosotras qué decís
ahora? ¿Qué infame enredo
es este?

SERAFINA. Señor, yo os juro...

D. FELIX. Aclarad este misterio,
ó mi cólera...

SERAFINA. (*En voz baja y con tono suplicante.*)
¡Manuela!

MANUELA. ¡Ah señor! Ya no lo puedo
ocultar, ni fuera justo
que otra pagase mis yerros.
Ese infeliz es mi esposo.

D. FELIX. ¡Tu esposo!

GABINO. Ni mas ni menos.
D. FELIX. ¡Vive Dios...
MANUELA. No os irriteis.
De rodillas os lo ruego. (*Se arrodilla.*)
GABINO. ¡Sí señor! (*Flectamus genua.*)
(*Se arrodilla tambien.*)
D. FELIX. ¡Villanos... Quitad de enmedio...
MANUELA. No sabia el pobrecito
que yo cambié de aposento
y... ¿Qué quereis... El amor
conyugal...
D. FELIX. Calla, ó te estrello.
¡Matrimonios clandestinos
en mi casa...!
(*Manuela se levanta atemorizada.*)
GABINO. Yo protesto
que mis fines...
D. FELIX. ¡Temerario!
Te voy á romper los huesos.
GABINO. (*Se levanta y se dirige temblando hácia la alcoba.*)
¡Misericordia...!
D. FELIX. Una tranca...
¡La badila del brasero!
(*La coge y persigue con ella á Gabino.*)
SER. *y* MAN. ¡Señor...
D. FELIX. ¡Infame...
GABINO. (*Á la puerta de la alcoba.*)
¡Amparadme,
Señor!
SERAFINA. ¡Ah!
MANUELA. ¡Buena la has hecho!

ESCENA VIII.

DON FELIX. SERAFINA. MANUELA. GABINO. DON JUAN.

D. FELIX. ¿Qué escucho?
SERAFINA. ¡Sin alma estoy!

¡Ah padre...

D. FELIX. ¡Otra infamia! ¿Dónde
tu vil cómplice se esconde?

(*Al entrar don Felix en la alcoba sale don Juan.*)

D. JUAN. Tened, don Felix. Yo soy.

D. FELIX. ¡Vos! ¡Don Juan! ¿Qué haceis aqui,
verdugo vil de mi honor?

D. JUAN. Deponed vuestro furor
y no me ultrajeis asi.

D. FELIX. Traidor, ¿quién ultraja á quién?

D. JUAN. Aunque reo en la apariencia
juro á Dios y á mi conciencia...

D. FELIX. Callad. ¡Perjuro tambien!

D. JUAN. Perdonad...

D. FELIX. ¡No, vive Dios!
¿Asi honrais vuestros blasones
escalando los balcones
de quien es mejor que vos?

D. JUAN. Don Felix, sabeis que adoro
á vuestra hija...

D. FELIX. Mentís.
Si la amarais cual decís,
respetarais su decoro.

D. JUAN. Pruebo que la adoro, y mucho,
pues de alta sangre desciendo,
y me insultais..., y estais viendo
con qué paciencia os escucho.
Yo respeto vuestras canas;
mas, perdonad que os lo advierta,
quien cierra al amor la puerta
abre al error las ventanas.
Erré, señor; no lo niego,
¿mas cuándo el amor no ha errado?
¿Y qué hará desesperado,
si aun siendo dichoso es ciego?
Mas nunca mi desvarío
á vuestro honor se atreviera;
creedlo. ¿Y cómo pudiera
si ya le tengo por mio?
Y por fin, aunque os ofenda

mi sinceridad, señor,
mirad que yerros de amor
solo el amor los enmienda.

D. FELIX. Y entre nobles que se alaban
de serlo y honra desean,
manchas que la honra afean
solo con sangre se lavan.

SERAFINA. ¡Ah, padre...

D. FELIX. ¡Calla, traidora!

GABINO. (¡El viejo le desafía!)

D. FELIX. (*Dando un paso hácia la puerta.*)
Mi espada...

D. JUAN. Tomad la mia.
(*La desenvaina.*)

MANUELA. (¡Jesus! ¡Un combate ahora!)

D. JUAN. Mi sangre os doy en ofrenda
si eso os deja satisfecho.
Tomadla: herid este pecho.
No espereis que me defienda.
(*Arroja la espada á los pies de don Felix.*)

D. FELIX. Vos me hareis perder el tino.

SERAFINA. ¡Ah! Su humildad os desarme.

D. FELIX. ¿Quereis tambien deshonrarme
con la nota de asesino?

D. JUAN. ¿Y en sanguinaria palestra
he de ser yo parricida?
Yo os debo, señor, la vida,
¡y he de atentar á la vuestra!

D. FELIX. ¡Oh! No os mostreis tan humano,
que el peligro es para vos.
Viejo soy, mas ¡vive Dios...
Aun no me tiembla la mano.

SERAFINA. Y ¡qué! ¿otro medio no alcanza
un padre...

D. FELIX. ¡Aun osas hablar!
¡Tú...!

SERAFINA. ¿Solo habeis de escuchar
el grito de la venganza!

D. FELIX. ¡Venganza, sí!, y la primera
tú has de sentir...

(*Toma la espada y don Juan se pone delante de Serafina.*)

D. JUAN. Eso no.
Ved que la defiendo yo.

D. FELIX. (*Cubriéndose el rostro con las manos y dejando caer la espada.*)
(¡Oh!)

SERAFINA. (*Á don Juan.*)
¡Dejadle que me hiera!

D. FELIX. (*Enternecido.*)
(Es mi orgullo, es mi tesoro...,
¡y la queria matar!
¡Soy loco, loco de atar!)

SERAFINA. ¡Llorais, señor!

D. FELIX. (*Enojado.*)
¡Eh...! No lloro...;
ó si lloro, es de despecho
por no poderme vengar.

SERAFINA. ¿No es mas dulce el perdonar?

GABINO. (*Á Manuela en voz baja.*)
Bien dice. Á lo hecho, pecho.

D. FELIX. No hay perdon á tal afrenta.

D. JUAN. Dadme su mano.

D. FELIX. No os quiero
por yerno. ¿Lo oís? Primero
me entierren que lo consienta.

D. JUAN. Mirad...

D. FELIX. No miro.

SERAFINA. Señor,
advertid...

D. FELIX. No advierto nada.

SERAFINA. Á vuestros pies humillada...

D. FELIX. Alza, aparta, ó mi furor...

D. JUAN. ¿Pero cuál es vuestro intento
si os negais...

D. FELIX. Veréislo ahora.
(*Á Manuela.*)
Tú á la calle en mala hora;
(*Á Serafina.*)
y tú, liviana, á un convento.

(*Á don Juan dándole la espada.*)
Tomad vuestra espada vos,
y advertid cuando la tomo
que os la vuelvo por el pomo...
porque asi lo quiere Dios.
Ahora, partid.

SERAFINA. (¡Estoy muerta!)

D. JUAN. Pues vos, señor, lo mandais,
Dios os guarde.

(*Se dirige á la puerta y le detiene don Felix.*)

D. FELIX. ¿Adónde vais?
No habeis de iros por la puerta.

D. JUAN. ¡Qué, señor...

D. FELIX. Por el balcon.

D. JUAN. ¡Yo...

D. FELIX. Por el balcon, os digo.
No ha de salir como amigo
el que entró como ladron.

SERAFINA. ¡Padre mio...!

D. FELIX. (*Á Gabino.*)
Vos...

GABINO. Entiendo.
Yo por el otro. Es muy justo.

D. FELIX. ¿Qué esperais?

GABINO. (*Mirando por el balcon de la izquierda.*)
Con mucho gusto...
¡Ay santo Dios! ¿Qué estoy viendo!
(*Se retira del balcon.*)
¡Gente armada!

D. FELIX. (*Mirando por el mismo balcon.*)
¿Cómo...
(*Retirándose y entornando el balcon.*)
Sí.

MANUELA. (*Mirando por el otro balcon y le entorna tambien.*)
¡Y en la otra calle tambien!

GABINO. ¿Quereis que muerte me den?
Yo no me muevo de aqui.

D. JUAN. (*Moviéndose hácia el balcon de la derecha.*)
Yo sí, y tan alta merced

agradezco á Dios...

SERAFINA. (*Deteniéndole.*)
¡Don Juan!

D. JUAN. Pues de una vez cesarán
mis desventuras.

D. FELIX. (*Asiéndole fuertemente del brazo.*)
¡Tened!
Si yo ahora al enemigo
por ruin venganza os entrego,
¿qué diria el mundo luego?
Soy quien soy, y estais conmigo.
Tan infame bastardía
no es digna de un caballero,
señor don Juan, y primero...
Primero os perdonaría.
Quedaos aqui y obre Dios.
Si la veo perseguida,
yo salvaré vuestra vida...,
ó moriremos los dos.

D. JUAN. Pues mi amistad no quereis
ni mi humildad os rindió,
no está bien que acepte yo
el favor que me ofreceis.

D. FELIX. Si no de amistad el lazo,
el de la patria nos liga,
y á la venganza enemiga
no os ha de arrojar mi brazo.

D. JUAN. Cesó vuestra obligacion.
No soy vuestro huésped ya,
ni ese título se da
al que entra por un balcon.

D. FELIX. Nadie, don Juan, atropella
á quien en mi casa está.
Basta. No recuerdo ya
cómo habeis entrado en ella.

D. JUAN. ¿Y otra vez, huésped ingrato,
os he de esponer... ¡Oh! No.

D. FELIX. (*Volviendo á detenerle.*)
Teneos, ó salto yo
tras de vos... y me delato.

D. JUAN. Cedo á mi pesar.

(*Se oyen golpes á lo lejos como de llamar á una puerta.*)

SERAFINA. ¿Oís?
Llamando á la puerta estan.

MANUELA. ¡Ay mi Gabino!

SERAFINA. ¡Ay don Juan!

GABINO. Nuestra vida está en un tris.

D. FELIX. Valor y serenidad.
No os ha de faltar asilo.
Os recomiendo el sigilo...
Estoy sin armas...

D. JUAN. (*Dándole una pistola.*)
Tomad.

TOMAS. (*Dentro.*)
¡Señor!

ESCENA IX.

DON FELIX. SERAFINA. MANUELA. DON JUAN. GABINO. TOMAS.

D. FELIX. Adentro, Tomas.

TOMAS. (*Entrando.*)
Llaman á la puerta...

D. FELIX. ¿Quién?

TOMAS. Soldados sin duda...

D. FELIX. Bien.

TOMAS. ¿Abro?

D. FELIX. Despues abrirás.
Los dos al cuarto secreto.
(*Serafina enciende la vela y la toma.*)
(*Á Manuela.*)
Y cierra tú bien la trampa.

SERAFINA. Venid...

D. JUAN. ¡Don Felix...
(*Vuelven á llamar con mas fuerza.*)

GABINO. Ya escampa.

D. FELIX. (*Empujándolos.*)
¡Volad!

SERAFINA. ¡Qué angustia!
GABINO. ¡Qué aprieto!

ESCENA X.

DON FELIX. TOMAS.

TOMAS. Romperán la puerta... ¡Ay! ¡Ave
María! Si de rondon
subieran...
D. FELIX. Sal al balcon.
Di que no encuentras la llave.—
(*Tomas abre el balcon de la izquierda y entra por él la luz del alba.*)
Vamos; responde.
TOMAS. (*Asomándose al balcon.*)
¡Allá voy!—
¡Allá voy!—Me estoy vistiendo.—
Busco la llave.
(*Siguen los golpes.*)
(¡Qué estruendo!
(*Se aparta del balcon. Don Felix mira adentro desde la puerta.*)
Temblando de miedo estoy.)
D. FELIX. (*Dándole la otra luz.*)
Ahora bien puedes abrir,
que ya vuelve Serafina...
TOMAS. ¡Señor...
D. FELIX. (*Empujándole hácia afuera.*)
No temas, gallina.
Yo los voy á recibir.
(*Sale detras del criado.*)



ACTO TERCERO.

La decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON FEIX. SERAFINA. EL SARGENTO. DOS SOLDADOS.

SARGENT. (*Con espada y alabarda.*)
Patron, no vale negar.
Vos teneis un hombre oculto,
y si no doy con el bulto,
mal lo vamos á pasar.
D. FELIX. Ya he dicho que no, sargento,
y aunque me mateis aqui
no me sacareis un sí,
que yo nunca me desmiento.
SARGENT. Pues yo tengo comision
de buscarle...
D. FELIX. Es escusado.
La casa habeis registrado
hasta el último rincon.
SARGENT. Yo sé lo que en guerras pasa.
Pájaro hay tan escondido
que solo se encuentra el nido
pegando fuego á la casa.
D. FELIX. Mas de un soldado valiente,
como vos, nunca creeré
que hagais un auto de fé
con esta casa inocente.
SARGENT. Podeis creer eso y todo;
que, como ocasion me den,
lo que no de bien á bien,
lo hago yo... de cualquier modo.
Mas no será necesario

hacer una aqui que suene;
pues, por la cuenta que os tiene,
no sereis vos temerario.
El negar es nuevo esceso
cuando os aseguro yo
que ya estais convicto...

D. FELIX. No.
Ni convicto ni confeso.

SARGENT. Puede ser que haya quien abra
de noche á un galan, y vos
esteis gozando de Dios
sin saber de ello palabra;
que mas de una travesúra
inventa la mocedad
(*Á Serafina.*)
cuando el amor... ¿No es verdad,
dulce y esquiva hermosura?
¿Sabeis vos, cara de flores,
dónde está...

SERAFINA. Yo no sé nada.

SARGENT. ¡Eh! No os pongais colorada.
Todos somos pecadores.

D. FELIX. ¿Á qué preguntar á ella...

SARGENT. Yo sé bien á quién pregunto,
patron. Vamos al asunto,
y perdone ucé, la bella.
Que un hombre esta noche entró
por el balcon, es constante,
y que ese hombre es vuestro amante,
con razon lo infiero yo.—
No hay que hacerse la desecha,
que en prueba de lo que digo
el retrato es buen testigo
con la cifra y con la flecha.
Item. Como no ha faltado
quien leal me participe
que un capitan de Felipe
estuvo aqui refugiado,
saco yo por consecuencia
que el dichoso capitan

es el oculto galan
que busca mi diligencia;
y asi no admite reproche
mi juicio si conceptúo
que, huyendo el sol como buho,
os viene á ver cada noche.
Ahora bien, si convencida
le entregais, yo seré humano:
si negais y le echo mano
corre peligro su vida.

SERAFINA. Pues á tal conflicto llego,
sabed que hembras de mi raza
no ceden á la amenaza
cuando no las vence el ruego.
Ó cierto es el hecho, ó no.
Si la verdad no habeis dicho,
por dar apoyo á un capricho
no es justo que mienta yo.
Si un hombre se oculta aqui,
sea amante ó no lo sea,
venderle es accion muy fea,
y no la espereis de mí.

D. FELIX. ¡Bien haya tu boca, amén!

SARGENT. Valiente estais, angel mio,
mas ya cederá ese brio.
Veremos quién vence á quién.

D. FELIX. Nadie entró por el balcon,
á nadie encontrado habeis;
ninguna prueba teneis
para tal acusacion.

SARGENT. Si no obrais de mala fé,
¿por qué..., os voy á confundir,
tardásteis tanto en abrir
cuando á la puerta llamé?

D. FELIX. Rayaba apenas el alba;
todos en casa dormian;
las llaves no parecian...

SARGENT. Esa disculpa no os salva.
Luz habia, y los balcones...

D. FELIX. Mas, vuesarcé lo confiese,

¿no era justo que temiese
que me asaltasen ladrones?

SARGENT. Digo que un hombre se encierra
aqui, pues entrar aqui
con estos ojos le vi
que se ha de comer la tierra.

D. FELIX. ¿Cómo...

SARGENT. A tomar el sereno
salí á mi balcon y á echar
los bofes, porque á cenar
quizá me dísteis veneno.

D. FELIX. No lo creais, por Santiago.
Decid que el vino era fuerte
y bebísteis de tal suerte
que hizo con vos un estrago.

SARGENT. Será asi. Siempre he tenido
aficion á esas borrascas.
Pero ¡qué angustia! ¡qué bascas...!
Creí dar un estallido.
Fresco ya como una rana
me volvia á mi tablado,
que el airecillo colado
me sirvió de hipecacuana,
cuando veo un fantasmon
que de una casa vecina
á la vuestra se encamina
y asalta luego el balcon.
En un santiamen me visto;
callando lo que resuelvo,
os llamo; abris; salgo; vuelvo...,
y alabado sea Cristo.

D. FELIX. Y en el tiempo que pasó,
si es verdad, que yo lo dudo,
que subió un hombre, ¿no pudo
bajar por donde subió?

SARGENT. No, que mientras yo corria
á dar parte y traer gente
al camarada de enfrente
dejé puesto de vigía.
Él, viendo que á poco rato

un hombre al balcon asoma,
sin decir punto ni coma
amartilla el pie de gato;
pero es hombre de cachaza,
ve que el otro se detiene,
y dice entre sí: conviene
que no espantemos la caza.
Vuelve adentro el fugitivo,
llego entonces y el asedio
formalizo. No hay remedio:
le atraparé muerto ó vivo.

SERAFINA. (¡Ay Dios!)

SARGENT. Ahora ¿qué decís?

D. FELIX. Nada.

SARGENT. ¡Qué terco es el viejo!
Pues bien, por vuestro pellejo
no doy seis maravedís.
Dejémonos de dibujos,
porque yo... Mas los criados
no se creerán obligados
á ser como vos cartujos.
Vengan aqui. ¿Dónde estan?

D. FELIX. Es inútil... (¡Otro apuro!)

SERAFINA. (¿Qué haré? Á mi padre aventuro
si no presento á don Juan.)

SARGENT. ¿Qué haceis? Idlos á llamar.

SERAFINA. Voy al instante.
(*Yéndose.*)
(Es peor
que no le vea. ¡Ay dolor...!
Mas todos sabrán callar.)
(*Vase por la izquierda del foro.*)

ESCENA II.

DON FELIX. EL SARGENTO. LOS SOLDADOS.

D. FELIX. (¿Qué hará?)

SARGENT. (*Aparte á los soldados.*)
No va muy resuelta.

Ya vereis como esa gente
declara.

D. FELIX. (Lo mas prudente
es callar hasta su vuelta.)

SARGENT. (*Á don Felix.*)
Aun teneis en vuestra mano
el librar vuestra cabeza
si no os picais de nobleza,
patron, y cantais de plano.
Por las ánimas benditas,
ved que la cosa es notoria,
que aqui no hay escapatoria,
y yo no me ando en chiquitas.

D. FELIX. Dadme si quereis la muerte,
ya que en esta disension
ceden justicia y razon
al derecho del mas fuerte;
mas dejad de porfiar,
porque yo nunca podré
revelar lo que no sé
ni lo que debo callar.

SARGENT. Mas reo os haceis asi,
y ya que tentais á Dios,
echaos la culpa á vos
y no me la echeis á mí.
Pero mucho se detienen
los criados. ¿Á qué aguardan?
Iré yo á ver por qué tardan
en presentarse... Ya vienen.

ESCENA III.

DON FELIX. EL SARGENTO. SERAFINA. DON JUAN. MANUELA. TOMAS. BLASA. LOS SOLDADOS.

SARGENT. Adentro, y avance uno...
Cualquiera.
(*Se adelanta Blasa.*)
¿Tu nombre?

BLASA. Blasa.

SARGENT. ¿Cuál es aqui tu incumbencia?
BLASA. Guisar, hacer la colada...
SARGENT. Bien está. Vas á decirme
la verdad lisita y llana,
ó por vida...
BLASA. Preguntad.
SARGENT. ¿Dónde está y cómo se llama
el que anoche se coló
por un balcon á esta casa?
BLASA. Yo no sé de quién me hablais,
ni he visto ni oido nada.
Mi cuarto está retirado
de balcones y ventanas,
y en fin, fuera del fogon,
nunca sé yo lo que pasa.
SARGENT. Cuidado con lo que dices.
BLASA. Digo la verdad y basta.
SARGENT. (*Á Manuela.*)
Tú, ¿qué eres aqui?
MANUELA. Doncella.
SARGENT. Dios te provea, muchacha.
MANUELA. Amén.
SARGENT. Tendrás en la uña
los secreticos del ama.
MANUELA. Yo no soy su confesor.
SARGENT. Me pareces linda maula.
¿Qué sabes de sus amores?
MANUELA. Yo, señor, ni palotada,
que no acostumbro á meterme
en camisa de once varas.
Preguntadme por los mios...,
y puede que os satisfaga.
SARGENT. ¡Oigan la chusca... Mejor
que la doctrina cristiana
sabes tú quién es el mozo
que busco, cara de pascua.
MANUELA. No sé tal.
SARGENT. Y que entró anoche
á manera de fantasma...
MANUELA. ¡Mentira!

SARGENT. Por un balcon...
MANUELA. ¡Ga!
SARGENT. Embozado...
MANUELA. ¡Patarata!
SARGENT. ¿Te estás burlando de mí?
MANUELA. Me hace usarcé mucha gracia.
SARGENT. ¿De verás? Mira que puedo
llevarte al cuerpo de guardia...
MANUELA. Sois demasiado galan
para prender á una dama,
y no es gloria de valientes
un prisionero con faldas.
SARGENT. ¡Niña... (Conocé mi flaco.
Lo mejor será dejarla,
que si me echa otro piropo...,
se acabó: soy hombre al agua.)
(*Á don Juan.*)
Y tú...—¡Calle! Aqui tenemos
al del abrazo de marras.
¿Cómo te llamas?
D. JUAN. Alonso.
SARGENT. ¿Qué haces aqui?
D. JUAN. Lo que mandan
los amos; y nada sé
de lo que ucé preguntaba,
con que... á otro con la música,
que yo no diré palabra.
SARGENT. ¡Voto á brios... ¿Asi respondes,
zanguango?
D. JUAN. No se me alcanza
otra cosa. Cada uno
es como es y habla como habla.
¿No es verdad?
SARGENT. Ó tú eres tonto,
ó tuno de mucha marca.
No sé si echarte en mal hora
ó romperte las espaldas.
D. JUAN. Escoja ucé lo primero
y lo estimaré en el alma.
SARGENT. ¿Á ver tú?

TOMAS. Yo soy Tomas.
Cuido de las alimañas,
traigo leña si se ofrece,
voy á la huerta, á la plaza...

SARGENT. Basta ya de tus empleos,
que la retahila es larga,
por lo visto. Ten conciencia,
y lo que sepas declara.
¿Qué oiste anoche? ¿Qué viste?

TOMAS. (No lo diré si me matan.)
Nada pude ver ni oir
de lo que usarcé demanda.
Soy criado de escalera
abajo y duermo en la cuadra.

SARGENT. Eso está muy en el orden.
Mas siendo tal la jarana,
¿cómo es posible...

TOMAS. Lo dicho.
Cuando yo ronco en la cama
ni veo tres sobre un asno,
ni me despiertan campanas.

SARGENT. ¿Con que todos lo negais?
¿Creeis que es cosa de chanza
ocultar á un enemigo
de su rey y de su patria?

(*Don Juan hace un gesto de cólera.*)

SERAFINA. (*En voz muy baja.*)
¡Don Juan!

SARGENT. ¿Oís? Aun es tiempo.
Mirad que ya se me cansa
la paciencia. No os podreis
defender; estais sin armas,
y nadie saldrá de aqui,
que estan las calles guardadas.
Si el criminal no parece,
la ley tomará venganza
de todos, y en la milicia
la ley no suele ser blanda.
Ea, el que ame á su individuo
cante claro.

(*Breve pausa.*)

¡Todos callan!
¡Voto á... ¿Quereis obligarme
á hacer aqui una Sanfrancia?
Pues bien está: sin perjuicio
de las providencias que haya
lugar, yo buscaba á un hombre,
y pues no le echo la zarpa,
otro hombre me he de llevar,
que sargentos de mi chapa
no se vuelven de vacío
cuando emprenden una hazaña.
¡Patron, preso por el rey!

D. JUAN. No sufriré tal infamia.
Yo...

SERAFINA. (*En voz baja.*)
¡Por Dios...!

LOS DEMAS CRIADOS. ¡Señor!

D. FELIX. ¡Silencio!
Será blanco de mi saña
el que respire. Llevadme,
sargento.

D. JUAN. Primero caiga
mi cabeza. Yo...

SERAFINA. (*Interrumpiéndole y adelantándose.*)
Sargento,
yo entregaré á quien buscabais.
Yo sé donde está escondido,
y aqui vendrá sin tardanza.

SARGENT. ¡Hola! Hizo efecto la píldora.

SERAFINA. Juradme á Dios y á esa espada
respetar su vida.

SARGENT. Juro,
que entre valientes se acatan
los derechos de la guerra.
De prisionero no pasa.

SERAFINA. (*Mirando de soslayo á don Juan.*)
Ya lo oís, padre.

MANUELA. (¡Ay de mí!)

SARGENT. No estais muy enamorada

cuando entregais al amante.

SERAFINA. Asi mi padre se salva.
Entre dos obligaciones
la de hija es la mas sagrada.

MANUELA. (*Aparte con Serafina.*)
Señora, ¿qué vais á hacer?
Mi pobre marido...

SERAFINA. Calla.
Primero soy yo que nadie.

MANUELA. Pero si yo declarara...

SERAFINA. Prisionero y capitan,
estará como un monarca,
aunque preso; desertor,
le pasarán por las armas.
Elige tú.

MANUELA. Prisionero.
(*Se separan.*)

SARGENT. ¿Qué os decia esa taimada?

SERAFINA. Como ella no tiene padre,
mi resolucion culpaba.

SARGENT. Bien; ¿pero á qué os deteneis?
Venga ese hombre.
(*Á los soldados.*) Acompañadla.

SERAFINA. No he menester esa escolta,
ni me está bien tolerarla.
Inútil será el rigor
como yo no le persuada.
No se rendirá, os lo fio,
si soldados me acompañan;
antes morirá matando;
y ya que por mi desgracia
de la libertad le privo,
no he de ser tan inhumana
que arriesgue tambien la vida
del que es mi vida y mi alma.

SARGENT. ¡Fuego de Dios y qué amores
se crian en esta Alcarria!

SERAFINA. En fin, ó sola he de ir,
ó de lo dicho no hay nada.

SARGENT. Ea, pues, tráigale pronto,

y acabemos con mil sartas
de diablos.
(*Vase Serafina por la izquierda del foro.*)

ESCENA IV.

DON FELIX. DON JUAN. EL SARGENTO. MANUELA. TOMAS. BLASA. LOS SOLDADOS.

SARGENT. Estraños son
los caprichos de las damas.
¿No iba mejor con la tropa,
pues aspira á capitana?
D. FELIX. No consiente su decoro...
SARGENT. ¿Qué decoro ni qué gaita?
No era el peligro tan grande,
que tienen buena crianza
mis soldados; y yo os digo,
sin andarme en filigranas,
que á solas con un galan
mejor el diablo las carga
que en presencia de testigos.
D. FELIX. Esa malicia es villana,
que el capitan es su esposo.
SARGENT. ¿Y qué?
D. JUAN. (*Á don Felix en voz baja.*)
Os cojo la palabra.
SARGENT. Venga en fin el prisionero,
y en hora buena, ó en mala,
sea esposo ó no lo sea;
mas sabed que no se maman
el dedo hombres como yo.
Haré registrar la estancia
donde el capitan se oculta,
que tal vez toda esa farsa
es porque tambien allí
escondeis pólvora y balas.
D. FELIX. (*Aparte al sargento.*)
Registradla si es forzoso.
Solo encontrareis la plata

y algunas joyas que estimo,
no tanto por lo que valgan
sino porque prendas fueron
de mi muger, que Dios haya.
Es precaucion natural
en una guerra obstinada.

SARGENT. Cierto.

D. FELIX. No temo de vos
una accion indigna...

SARGENT. Basta.
Aqui no somos ladrones.—
Mas vive Dios que ya tarda...
¡Ah! Bien. Cumplió su promesa.

ESCENA V.

DON FELIX. DON JUAN. EL SARGENTO. MANUELA. TOMAS. BLASA. SERAFINA. GABINO. LOS SOLDADOS.

(*Gabino se ha puesto sobre su vestido, casaca, espada y sombrero de capitan de infanteria.*)

SARGENT. Acercaos. (Mala traza
tiene el capitan.) Sois preso.

GABINO. (*Afectando gravedad.*)
Está bien.

SARGENT. Rendid la espada.

GABINO. (*Dándosela.*)
Tomad.

SARGENT. (*Á los soldados.*)
Ahora vosotros
seguid al amo de casa.
Registrad la madriguera
donde este hombre se ocultaba.
Si algo encontrais sospechoso...;
ya me comprendeis, se embarga;
pero todo lo que sea
dinero, ropas, alhajas...
quieto alli; no hay que tocarlo.
Si os pringais en una blanca,

llorarán vuestras costillas
las penas de la ordenanza.
Cuando no hace resistencia
no se entra á saco una plaza.
Comer y beber á costa
de un patron amigo..., vaya;
robarle, no. Con que... andad,
¡y ojo avizor, camaradas!

ESCENA VI.

DON JUAN. SERAFINA. EL SARGENTO. MANUELA. GABINO. TOMAS. BLASA.

SARGENT. Ya lo veis, señora mia.
Crudo soy como un agraz,
tremendo; pero incapaz
de hacer una bastardía.
Eso sí; á todo enemigo
de mi rey declaro guerra,
y si le esconde la tierra
como un huron le persigo.—
Yo siento, mi capitan,
no haberos preso en campaña.

GABINO. Yo no os envidio la hazaña.

SARGENT. Yo á vos tampoco el desvan.

D. JUAN. No se escondió por cobarde.

SARGENT. ¿Quién os mete á vos en eso?

GABINO. Dice bien. Calle el camueso
y mas respeto nos guarde.
Sin una espada en el cinto,
fuera cosa impertinente
esclamar: yo soy valiente,
y ¡viva Felipe quinto!
¿Qué sirve, pues yo no puedo
hacer callar al señor,
decirle que hizo el amor
lo que él atribuye al miedo?
Si á un caballero español
no presta el sargento fé,

si mi disculpa no ve
(*Mostrando á Serafina.*)
en esa cara de sol,
toda discusion es vana;
le diré que me escondí
porque Dios lo quiso asi...,
y porque me dió la gana.

MANUELA. (¡Ay! ¡Aun se está chanceando!)

SARGENT. Bien, capitan. Voto á Crispo
que hablais mejor que un obispo.

ESCENA VII.

DON JUAN. SERAFINA. EL SARGENTO. MANUELA. GABINO. TOMAS. BLASA. DON FELIX. LOS SOLDADOS.

SOLD. 1.º No hay nada de contrabando.

SARGENT. Pues largo de aqui, que quiero
dar cuenta sin dilacion
de mi feliz comision,
y sígame el prisionero.

MANUELA. (*Á Tomas y Blasa en voz baja.*)
¡Ay! ¡Le quitarán la vida!

GABINO. Deteneos un instante.
¡Soy sensible, soy amante!
¿No quereis que me despida?

SARGENT. Bien; pero pronto ha de ser.

GABINO. Tengo el corazon tan negro...

SARGENT. Un abrazo al señor suegro
y otro abrazo á la muger.

GABINO. (*Abraza á don Felix.*)
Quedad con Dios, padre amado...

D. FELIX. Á Dios...

GABINO. El llanto me ahoga...
(*Bajando la voz.*)
Salvadme, ya que la soga
quebró por lo mas delgado.
(*Á Serafina.*)
Y tú, mi bien...
(*Á don Juan desviándole y abrazando á Serafina.*)
Quitad vos.—

¡No llores!

SERAFINA. (*Con forzado dolor.*)
¡Querido esposo!

GABINO. (*Con malicia.*)
¡Prenda mia...! Esto es forzoso.
Llévalo por Dios... y ¡á Dios!

(*La suelta. Serafina se sienta fingiendo llorar.*)

SARGENT. Ea, partamos...

GABINO. Dos breves
momentos...
(*Á Serafina.*)
¡Á Dios, mi gloria!
(*Á don Juan con segunda intencion.*)
No eches tú de la memoria...
esos cuartos que me debes.
(*Á los demas criados.*)
Á Dios...
(*Á Manuela.*)
Á Dios, picaruela.
(*Va á marchar y se detiene.*)
(¿Y he de partir ¡qué crueldad!
sin abrazarla...?)
(*Al sargento.*)
Esperad...
Dame un abrazo, Manuela.
(*Manuela y Gabino se abrazan.*)

MANUELA. Dios... os guarde...
(*Bajando la voz.*)
¡Pobrecito!

GABINO. Cuida mucho á tu señora.
(*Bajando la voz.*)
¡Ay prenda que el alma adora!

SARGENT. ¡Qué abrazar tan infinito!
(*Separándole de Manuela.*)
Basta. Me hareis que sospeche
que sois mal casado.

GABINO. No.
¡Qué locura! Es que... ella y yo...
somos hermanos de leche.

SARGENT. Vamos.

SERAFINA. (*Levantándose.*)
¡Ah!
GABINO. (*Volviéndose.*)
Vuelvo á abrazarte...
SARGENT. (*Irritado y empujando á Gabino.*)
¡No! ¡Andad!
GABINO. (*Desaparece por la izquierda del foro con uno de los soldados.*)
¡Ah...!
SARGENT. Tanto moler...
(*Al otro soldado en voz ba)*.
Ahora tenemos que hacer
pesquisas en otra parte.

ESCENA VIII.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN. MANUELA. TOMAS. BLASA.

SERAFINA. ¡Ah! ¡De buena hemos salido!
MANUELA. ¡Sí, sí; todos menos yo
y mi marido infeliz!
D. FELIX. Todo será un mes ó dos
de cómodo cautiverio,
porque nada en la prision
le faltará, yo lo fio.
D. JUAN. Y yo tambien, que le estoy
muy obligado.
SERAFINA. Perdona,
que otro recurso no halló
mi ingenio; y, á la verdad,
tan egoista no soy
como piensas, que el sargento
no es á don Juan á quien vió,
sino á Gabino, subir
desde la reja al balcon.
MANUELA. Á ser pleito, yo tendria
tanta razon como vos,
señora..., si fuera lícito
á un pobre el tener razon;

pero, pues ya no hay remedio,
¡sea por amor de Dios!

D. JUAN. Si su vida peligrase
yo no consintiera, no,
que ocupase mi lugar.
Ya reconozcan su error,
ya por capitan le tengan,
yo mi palabra te doy
de que por cange ó dinero
logrará su redencion.
Corre ademas de mi cuenta
vuestra suerte desde hoy.

MANUELA. ¡Ah señor! ¿Y si averiguan...

D. FELIX. ¡Eh! ¡Tanta lamentacion...
¿Y si yo le hubiera muerto
ayer noche por su atroz
desacato, y á tí misma...
y á alguno mas? ¡Voto á brios...
Vete y déjanos en paz.
(*Á los demas criados, y se retiran.*)
Vosotros tambien.

MANUELA. Perdon...

D. FELIX. Haremos... lo que se pueda.
Lo hemos dicho.

MANUELA. Bien, señor.

ESCENA IX.

DON JUAN. SERAFINA. DON FELIX.

D. FELIX. Basta ya de compromisos.
Ahora es forzoso que vos
os alejeis de mi casa,
no sea que el sargenton
averigüe la verdad...

SERAFINA. Ya creo que no hay temor...

D. FELIX. Como ha llegado á saberse
que en mi casa se albergó
un capitan de Felipe,
bien puede el mismò soplon,

careado con el preso,
deshacer el *quid pro quo*.
Ya no habrá en la calle tropa,
que al partir aquel sayon,
satisfecho de su empresa,
depuso el ceño feroz
y en completa libertad
al parecer nos dejó.
Marchad, que crece el peligro
y el tiempo corre veloz.

D. JUAN. ¡Irme y dejaros espuesto
á nueva persecucion!
Si el engaño se deshace
y yo cobarde me voy,
¿quién sino vos será blanco
del enemigo furor?

D. FELIX. ¿Y qué cargo me han de hacer?
Hombre piden, y hombre doy.
Solo acusarme pudieran
si reclamasen á dos.

D. JUAN. Piden un hombre; es verdad;
¿mas quién es el hombre? Yo.

D. FELIX. Cuando entrásteis en mi casa
pudísteis por precaucion
mudar de nombre...

D. JUAN. ¿Olvidais
que aqui mismo en alta voz
dijísteis que el refugiado
era yerno vuestro?

D. FELIX. No.

D. JUAN. Ahora bien, ¿será creible
que infamando asi el crisol
de su nobleza, un don Felix
de Avendaño y Estremoz
haya entregado una hija,
sin ninguna informacion,
al primer aventurero
que su mano le pidió?

D. FELIX. Yo sabré, si llega el caso,
responder á esa objecion.

SERAFINA. Dejadle obrar, padre mio,
como ordenan su valor
y su sangre; y pues el cielo
nuestros destinos unió,
sea comun el peligro
y confiemos en Dios.

D. JUAN. Decidme, si no, ¿qué haríais
vos en mi lugar, señor?

D. FELIX. No sé... No quiero decirlo.
Quiero que os vayais. ¿No soy
dueño de mi casa?

D. JUAN. Sí,
mas no lo sois de mi honor.

D. FELIX. ¡Idos, y Dios os perdone
como yo os perdono á vos!

D. JUAN. No exijais esa bajeza
de un capitan español.

SERAFINA. (*Á su padre.*)
Ceded. Ya estamos seguros.
Me lo dice el corazon...
(*Mira por el balcon.*)
¡Ah! ¡Todavía en la calle
soldados...! ¡Y aquel traidor
vuelve... (*Se aparta del balcon.*)

D. FELIX. ¿Veis? Ya es imposible
esconderos...

SERAFINA. ¡Fenció
mi esperanza!

D. JUAN. No. ¿Quién sabe...

D. FELIX. Ya llega.

SERAFINA. ¡Sin alma estoy!

ESCENA X.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN. EL SARGENTO. BERNABÉ. EL SOLDADO 2.°

SARGENT. Patron, no os cause espanto
esta nueva visita. Os quiero tanto,
que sin vos no me encuentro.

(*Á don Juan.*)
¡Hola! ¡Tú por aqui! Sea en buen hora.
(*Al soldado 1.º viéndole llegar.*)
¿Sube el otro?

ESCENA XI.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN. EL SARGENTO. BERNABÉ. TOMAS. LOS DOS SOLDADOS.

SOLD. 1.º (*Entrando.*)
Aqui está.
SARGENT. Vayos adentro.
(*Entra Tomas.*)
Perdonadme, señora.
Son cosas del servicio...,
si á las gentes asusto, ese es mi oficio.
D. FELIX. ¿Y cuál es vuestro intento,
que en mi casa otra vez...
SARGENT. Estadme atento.
Mientras en buen recaudo
ponen al capitan mis compañeros,
yo que de activo y de sagaz me aplaudo...;
sin vanidad lo digo, caballeros;
á la casa derecho me encamino
de este honrado vecino,
porque de ella salia,
y fiel ha sido la memoria mia,
el embozado bulto
que anoche entró esta casa por asalto.
Comparece el patron y dígole: ¡alto!
Vos teniais oculto
en esta casa á un hombre, y es el mismo
que acabo de prender en la de enfrente.
Aqui voy á romperos el bautismo,
ó habeis de declarar incontinente
quién es, de dónde vino y á qué intento,
y por qué en vuestro hogar de tapadillo
le disteis sospechoso alojamiento.
El hombre atortolado y amarillo

ni responder sabía,
mas tanto puede la elocuencia mia
y un revés con que airado le santiguo,
que al instante averiguo
aun mas de lo que yo me prometía;
es á saber, que el huésped de ese... espía
es desortor ¡no es nada lo del ojo!
del archiduque y archi-rey de España.

BERNABÉ. Fue mi muger, no yo, que me sonrojo
de tan ruin proceder, la que á mi primo
denunció por temor á vuestra saña.

SARGENT. Es verdad; asi fue, mas yo suprimo
lo que no es esencial á mi propósito.
Ahora bien, careado
con el otro individuo en su depósito
que él sea vuestro primo habeis negado;
este señor le reconoce yerno;
su marido le llama
esta graciosa dama;
yo presencié no ha mucho el paso tierno
de lágrimas y abrazos y clamores;
yo sabía por datos anteriores,
que nunca falta un Judas que nos vende,
que el tal es capitan como se nombra;
luego, no cabe sombra
de duda; en esta casa hay otro duende.

D. FELIX. Sargento, esto ya pasa de la raya.
¿No la habeis registrado?

SARGENT. Vaya, vaya;
escusado es negar. No necesito
forzaros á mentir. Ya estoy seguro
de cogeros, patron, en el garlito.

SERAFINA. (¡Oh Dios...!)

SARGENT. Solo un criado
teneis; la vecindad lo ha declarado;
luego entre dos que estan de manifiesto,
uno es real y efectivo; otro, supuesto;
y ese es el desertor.

D. FELIX. Ninguno...

SARGENT. ¡Calle!

Yo nada le pregunto.
Otro responda y por su boca falle.
(*Á Bernabé.*)
Antes de un padre nuestro sois difunto,
ó entre esos dos galanes
mostradme el desertor.

BERNABÉ. (¡Oh! Voto á Sanes...
Si descubro el secreto
pierdo á mi primo.)

SARGENT. Hablad.

BERNABÉ. (¡Terrible aprieto!)

SARGENT. Acabe de una vez, no se distraiga,
ó por Dios, que echo mano...

BERNABÉ. (No; yo le he de salvar, caiga el que caiga.)
(*Mostrando á don Juan.*)
Ese es el desertor.

D. FELIX. ¡Mientes, villano!

SERAFINA. ¡Ah! No creais...

SARGENT. Sí creo.
Bien maliciaba yo que este era el reo.

SERAFINA. Es vil calumnia...

D. FELIX. Os juro por mi nombre...

SARGENT. No hay ya jurar que valga.
Mírelo bien el que á su abono salga,
que pagará por él...

D. FELIX. No lo resisto.

SERAFINA. ¡Piedad...

D. JUAN. No. Yo declaro...

SARGENT. Atad á ese hombre.

D. JUAN. ¡Eso no, vive Cristo!
Primero que mis brazos
opriman afrentosas ligaduras
me hareis aqui pedazos.

SERAFINA. ¡Cielo! ¿Hay mas desventuras!

D. JUAN. Preso me doy. Mi suerte
lo quiere asi. Mi fuga es imposible.
Si intento resistir, dadme la muerte.
Su rostro á los cobardes tan terrible
mas de una vez he visto combatiendo.
Herid, no me defiendo;

pero mi altiva frente
la vergonzosa mancha no consiente
de infame desertor. Noble he nacido,
Felipe recibió mi juramento,
y antes que yo violarle fementido
faltaria la luz del firmamento.

SARGENT. ¡Oigan! ¡Y yo le tuve por salvage!
No es de torpe recluta
ni de tosco gañan ese lenguaje.
Mas ahora va á nacer otra disputa.
Si no sois vos el capitan que busco...
Luego con ese chusco (*Señala á Bernabé.*)
ajustaré mis cuentas.

BERNABÉ. Yo...

SARGENT. ¡Silencio!
(*Á don Juan.*)
¿Quién sois vos?

D. JUAN. Soy don Juan Villavicencio.

SERAFINA. ¡Callad...

D. FELIX. ¿Qué haceis...

SARGENT. ¿El capitan de marras?

D. JUAN. (*Sacando un despacho y mostrándosele.*)
El mismo; sí. Leed.

SARGENT. (*Despues de recorrer con la vista el papel.*)
Es evidente.
(*Á Bernabé.*)
Pues, segun eso, el otro penitente
que antes cayó en mis garras
será...

BERNABÉ. No sé quién es.

D. JUAN. Un desvalido
á quien yo debo estar agradecido.
Quizá aparezca reo,
mas solo de ignorancia habrá pecado.
Libradle; es un pobre hombre; está casado.
Yo en rescate os daré cuanto poseo.

SARGENT. ¡Librarle...!

SERAFINA. ¡Ay! Á los dos. Sed compasivo.
Sin rendirle lidiando en lucha impía,
¿qué gloria puede daros un cautivo?

¡Y ese pobre cautivo es gloria mia!

SARGENT. ¡Qué gloria ni qué cuerno!
Yo en actos del servicio
ni recuerdo la gloria ni el infierno.

D. FELIX. Oid. Si sois propicio...,
y bien podeis sin riesgo
darles la libertad, toda mi hacienda
será...

SARGENT. No escucho...

D. FELIX. Yo...

SARGENT. ¡Callad, os digo!
Veis que con rostro avinagrado y sesgo
las súplicas rechazo de una bella,
que tanto no creí poder conmigo,
¿y pretendeis que el oro me haga mella?
¡No hay piedad, no hay perdon!
(Señalando á don Juan.)
Es mi enemigo.

SERAFINA. ¡Señor...!

SARGENT. No mas llorar; no mas arenga.
(Al capitan.)
Vamos ya.
(Á Bernabè.)
Tú tambien.

BERNABÉ. Yo...

SARGENT. *(A Bernabé.)* Vamos.
(Al capitan.)
¡Venga!

(Óyese tocar á rebato y se va alejando el son de las cajas hasta perderse.)

ESCENA XII.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN. EL SARGENTO. BERNABÉ. LOS DOS SOLDADOS. MANUELA.

SARGENT. *(Á los soldados.)*
¿Oís? Tocan á rebato.

MANUELA. Corre á la plaza la tropa...

SARGENT. ¿Qué será...

D. FELIX. (Si Dios quisiera...)

SARGENT. (*En voz baja con los soldados.*)
¿Qué diablos de trapisonda
repentina...

SOLD. 1.° El enemigo
tal vez...

SARGENT. Los presos me estorban,
pero dejarlos aquí...

SERAFINA. (¡Cielo...!)

MANUELA. (*Bajo á don Felix.*)
El pueblo se alborota...

SARGENT. (*Al soldado 1.°*)
Corre á ver lo que es, y vuelve.

SOLD. 1.° Voy volando.

(*Vase corriendo por la puerta del foro.*)

VOCES EN LA CALLE. ¡Qué nos cortan!

(*El sargento se dirige al balcon.*)

D. FELIX. (*En voz baja, apretando la mano á don Juan, y echando una mirada penetrante á Bernabé y Tomas.*)
¡Ah...!

D. JUAN. (*Lo mismo.*)
¡Sí!

SOLD. 2.° (*Al sargento.*)
¿Qué esperais?

D. FELIX. ¡Á ellos!

(*Don Feliz y don Juan se abalanzan al sargento: al mismo tiempo hacen lo propio con el soldado Bernabé y Tomas.*)

SARGENT. ¡Traicion!

SOLD. 2.° ¡Traicion!

D. FELIX. Punto en boca,
ó sois muertos. Aun guardaba
para un lance esta pistola.
(*La saca y apunta al sargento.*)

TOMAS. ¡Chit...

SOLD. 2.° ¡Voto á...

BERNABÉ. (*Sacando una navaja, y amenazándole.*)
¡Chito...

D. JUAN. ¡Rendid
las armas!
(*Se apodera de la espada del sargento, y don Felix de su alabarda.*)
BERNABÉ. (*Dando el fusil del soldado á Serafina.*)
Tomad, señora.
SERAFINA. (*Asustada.*)
¡Yo...! ¡Dios mio...!
MANUELA. (*Tomando el fusil.*)
Venga acá,
que no me asusta la pólvora...
(¡Yo tiemblo!)
SOLD. 2.º ¡Cuartel!
SARGENT. ¡Reniego
de mi estampa...!
BERNABÉ. (*Soltando al soldado y tomando el fusil.*)
Venga ahora.
(*Á Tomas.*)
Ténle tú.
(*Á don Juan.*)
Mi capitan,
si os hice antes mala obra
por salvar á mi pariente,
ahora ya es otra cosa.
Vuestro soy.
SARGENT. Soltadme ya.
¿Qué he de hacer sin mi tizona?
D. JUAN. (*Soltándole.*)
Bien.
(*Á Tomas, y este suelta al soldado.*)
Suelta tú; pero ¡quietos,
que ha llegado vuestra hora
si os moveis!
SERAFINA. ¡Don Juan...!
D. FELIX. (*Dándole la alabarla.*)
¡Tomas!
Ármate tambien.
SERAFINA. ¡Qué loca
temeridad! ¡Ah! Dejadlos.
¡Que se vayan!

SARGENT. La patrona
dice bien. Mirad que luego
pueden volverse las tornas.
Si vienen mis camaradas...

D. JUAN. Que vengan. Ya nada importa.

D. FELIX. Sí; ya hemos echado el resto,
y moriremos con honra
si es preciso.

SARGENT. ¡Sorprenderme
á mí que tengo mas conchas
que un galápago! ¡Por vida...

D. FELIX. ¡Callad...

SARGENT. (*Bajando la voz.*)
No grito. Á mis solas
dejad que vote y blasfeme
y que los puños me coma
de corage.

(*Suenan tiros á lo lejos.*)

SERAFINA. ¡Suenan tiros!
¡Ay!

D. FELIX. Mejor.

MANUELA. ¡Dios nos socorra!
¿Si habrán matado á mi pobre
marido! ¡Vírgen de Atocha!

D. JUAN. Los tiros suenan distantes.

SARGENT. ¿Veis? Ya se ha armado la broma.
¿No os decia...? ¡Ira de Dios...!
¡Y yo aqui papando moscas!—
Soltadnos, y si vencemos
libres os dejo y sin costas.

D. FELIX. ¿Qué es soltar!

D. JUAN. Ya no.

SERAFINA. ¡Dios mio!
Mirad que os ciega la cólera.—
¡De un peligro se libertan,
y á otro mas grave se arrojan!

D. JUAN. No. Castilla vencerá.

D. FELIX. Sí; y en todo caso, boba,
no es malo tener rehenes
por si el triunfo no corona

nuestras armas.

BERNABÉ. Ya ha cesado
el tiroteo.

MANUELA. ¡Dios oiga
mis ruegos!

SERAFINA. ¡Vírgen, sacadme
con bien de tanta zozobra!
¿Quién habrá vencido!

D. FELIX. ¿Quién?
Esa duda me sonroja.
¡Castilla!

SARGENT. Ya lo veremos,
señor patron. No eche roncas
fuera de tiempo.

(*Se oye confuso rumor de gente á lo lejos.*)

SERAFINA. Escuchad...
Suenan voces...

SARGENT. Puede que otra
chamusquina...

D. FELIX. (*Á Manuela.*)
Abre el balcon.

MANUELA. (*Acercándose con miedo.*)
Señor...

D. FELIX. Ábrele.

(*Lo abre Manuela con precaucion.*)

VOCES EN LA CALLE. ¡Victoria!

SARGENT. ¡Si lo dije yo! Vencimos.

VOCES. ¡Viva Felipe!

SARGENT. ¿Quién...

D. FELIX. ¡Hola!
¿Oís bien?

VOCES. ¡Viva Castilla!

D. FELIX. ¿Qué decís?

(*Suenan cajas y pífanos, y campanas á vuelo.*)

SARGENT. Que mala bomba
me aplaste.

VOCES MAS LEJOS. ¡Viva Felipe!

MANUELA. (*Al balcon.*)
¡Viva! La gente se agolpa
á la plaza.

D. JUAN. (*Asomándose.*)
Á recibir
á las huestes vencedoras...

ESCENA XIII.

DON JUAN. SERAFINA. DON FELIX. EL SARGENTO. MANUELA. BERNABÉ. TOMAS. EL SOLDADO. GABINO.

GABINO. (*Entra acelerado y vestido como se fue.*)
¡Manuela!
(*Todos salen á recibir á Gabino oyendo su voz.*)
MANUELA. Esa voz... ¡Gabino!
(*Se abrazan.*)
GABINO. ¡Ven á mis brazos, cachorra!
¡Bernabé!
(*Le abraza.*)
BERNABÉ. ¡Primo del alma!
GABINO. ¡Capitan...!
(*Á don Felix.*)
¡Señor...!
(*Á Serafina riéndose.*)
¡Esposa!
TODOS. (*Menos el sargento y el soldado.*)
¡Bien venido!
MANUELA. ¡Si lo veo
y no lo creo!
SARGENT. ¡Ponzoña...!
D. FELIX. ¿Cómo has podido salvarte?
GABINO. Voy á contaros la historia.
Sorprendida una avanzada,
los castellanos asoman
de repente; el enemigo
tiembla, se aturrulla; tocan
á rebato; todos mandan...
¡Qué confusion! ¡Qué Liorna!
Tomo pipa en el barullo
y les hago la mamola.
Aturdido y azorado,
porque llevaba esta ropa,

corría yo sin saber
dónde dar con mi persona.
Ya á la salida del pueblo
me ampara una alma piadosa
y presencio la algarada
detras de una claraboya.
Se retiran los rebeldes;
los leales los acosan;
huyendo de una columna,
otra columna los corta;
huye disperso el que puede;
el que resiste, *¡per omnia
sæcula!*, y los mas se rinden
cantando la palinodia.

SERAFINA. ¡Oh dicha!

GABINO. Escuchad. Aun falta
lo principal. ¡Dos victorias
decisivas! Todo el mundo
lo sabe ya y lo pregona.—
Las armas de don Felipe
dirigidas por Vandoma
han sorprendido en Brihuega
á un inglés, á un tal... Estopa
viene á ser, ó asi...

D. JUAN. Stanhope.

GABINO. Eso.—¡Qué dia de gloria!
Seis mil hombres entre muertos
y prisioneros.—La otra
ha sido tambien en grande.—
Cerca de Villaviciosa.—
El rey se halló en la funcion.—
Huye el austriaco en derrota.—
Villacañas se ha lucido.—
Cuentan acciones heróicas...
En fin, ya dan por segura
la paz.

SARGENT. (¡Mal lobo te coma!)

D. FELIX. ¡Viva Castilla! En albricias
de nueva tan venturosa
cien ducados te prometo.

GABINO. Con ellos y mi gachona
no me cambio por un príncipe.

D. FELIX. (*Á Tomas y Bernabé.*)
Llevaos de aqui en mal hora
á esos hombres, y entregadlos
al gefe de nuestra tropa.

SARGENT. ¡Ay fortuna, fortunilla!
Vamos...
(*Á Manuela.*)
Á Dios, buena moza.—
Hoy agacho las orejas,
pero el mundo es una bola,
y yo volveré triunfante,
y esta casa será Troya.

ESCENA ÚLTIMA.

DON FELIX. SERAFINA. DON JUAN. MANUELA. GABINO.

SERAFINA. Sueño parece. ¡Dichoso
término á tantas congojas!

D. JUAN. Mas lo será si tu padre
con dulce consorcio colma
nuestros deseos...

D. FELIX. ¿Volvemos
á la tema?

D. JUAN. Haced memoria...

D. FELIX. No supe lo que me dije.—
Pero lo pondré por obra.
No suelta prendas en valde
el que de hidalgo blasona,
ni ha de ser adusto el labio
cuando el alma se alboroza.
Daos las manos.

D. JUAN. (*Tomando la mano de Serafina.*)
¡Oh ventura!

D. FELIX. ¡Y abrazadme!
(*Lo hacen.*)
Á la parroquia
mañana.

GABINO. ¡Asi!

SERAFINA. ¡Padre mio!

MANUELA. ¡Albricias!

GABINO. ¡Viva la novia!

D. FELIX. El triunfo de nuestras armas
tál me alegra y me remoza,
que... ¡vive Dios...! suegro y todo...,
he de bailar en la boda.

FIN.

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 40—Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 118 á 120)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23